

## LA GUERRA DE 1859-1860: CAUSAS, DESARROLLO Y CONSECUENCIAS. LA GUERRA DE 1893

### **Las difíciles relaciones con Marruecos**

A partir de la segunda mitad del siglo XIX se produce un cambio en la política africana española. Aparece poco a poco un partido de africanistas defensores de la intervención en los asuntos marroquíes, de reivindicaciones territoriales en el continente y de la presencia española en los foros donde se iba a debatir el reparto. No eran muchos, pero contaban con intelectuales de prestigio y algunos políticos de primera fila. Impulsores de esta corriente fueron Joaquín Costa, Francisco Coello, Emilio Bonelli y otros geógrafos y militares que fueron abriendo una de las vías por la que iba a discutir la política exterior española. De tal manera que se va a hacer más presente la cuestión africana en la prensa, en las publicaciones y en las Cortes. Y, consecuencia de lo anterior, cualquier incidente en el imperio marroquí o en el golfo de Guinea se engrandece al ser expuesto con intención propagandística. Los gobiernos tratarán de no descuidar los asuntos africanos para evitar protestas y escándalos y porque era la manera de no empujar a España al aislamiento internacional.

Pero nunca la política africana fue una prioridad en los gobiernos españoles del XIX y XX, salvo contados episodios. Y coincide con una etapa en la que se recrudecieron los ataques a españoles y franceses en Marruecos, tal vez como suspicacia ante la agresividad europea. Los franceses ya habían optado por la ruptura con Marruecos y por la presión en busca de la intervención en el país y la ocupación definitiva. En 1844 se produjo la batalla de Isly, en la que el sultán fue derrotado cuando acudió a auxiliar al líder argelino Abd el Kader, y los franceses ensancharon su departamento de Orán a costa de territorio marroquí. Los españoles veían con preocupación la actividad gala en un escenario que consideraban de su incumbencia y no querían quedar marginados en nada que afectara al imperio magrebí. Los europeos rivalizaban por las riquezas de Marruecos, en especial minas y cereales, y por lograr ser los suministradores del imperio, por lo que las acciones de una potencia provocaban las reacciones de las otras.

En este ambiente, los marroquíes continuaron con sus eternas reclamaciones sobre las plazas españolas. En el tratado de 1799 con Muley Soleimán los españoles habían adquirido el derecho a ocupar las franjas de territorio que envolvían a Ceuta y Melilla, pero las tribus fronterizas no reconocieron esta cesión y ocupaban el territorio en discusión. En 1844 el cónsul español en Tánger había entregado al representante del sultán un ultimátum en el que se le exigía el restablecimiento de la línea exterior de Ceuta y la devolución del territorio que ocupaban las cabillas. Sorprendentemente, el gobierno marroquí ignoró la extensión territorial española, y que esta estuviera contemplada en el tratado de 1799. Pero la intervención del cónsul británico Drummond Hay\* hizo que el emperador aceptara las tesis españolas y firmara un acuerdo el 25 de

---

\* Sir John Drummond Hay había nacido en 1816 y a los veinticuatro años ya era agregado en la embajada británica en Constantinopla. Cuatro años después fue enviado a Tánger como agente consular para mantener un contacto fluido con el

agosto de ese año reconociendo el derecho español y ofreciendo unas indemnizaciones por los ataques. Para cumplir el acuerdo, se procedió a señalar los límites exteriores de Ceuta mediante un acta firmada el 7 de octubre y sancionada en el acuerdo de Larache de 16 de mayo de 1845. Pero esto no satisfizo a los cabileños, y las agresiones contra españoles y los ataques a los barcos continuaron.

En 1847 se creó la Capitanía General de África en Ceuta, que desapareció poco después, pero que le dio a la plaza una mayor importancia militar, coincidiendo con los ataques que los marroquíes fronterizos lanzaban contra Melilla por el mismo motivo de discordia: el desacuerdo en los límites exteriores. En 1849 el general Chacón emprende una acción de castigo contra los cabileños próximos a Melilla. En 1854 es apresado el barco español *Nuestra Señora del Carmen*, y en 1856 el *San Joaquín*. Y solo fue el inicio de un rosario de apresamientos y ataques corsarios a las embarcaciones españolas que se aventuraban en las costas marroquíes o que tenían la desgracia de encallar por una tormenta. Para contrarrestar estas acciones, se mandó una escuadra a Tánger en 1856, lográndose un acuerdo con el representante del sultán, que se completaría con otro firmado en Tánger el 29 agosto de 1859, que garantizaba la ampliación del campo exterior de Melilla hasta donde alcanzara la bala de un cañón del 24, disparado con la es-

---

sultán en una etapa de crisis franco-británica. Allí estuvo más de cuarenta años, siendo imprescindible en toda actuación diplomática en el imperio. Intervino de mediador en conflictos de Marruecos con Dinamarca, Suecia o el ya visto con España. En 1856, como ministro residente, negoció y firmó el tratado de comercio entre Gran Bretaña y Marruecos. Siguió siempre su carrera diplomática en Marruecos, llegando a plenipotenciario y a enviado extraordinario. Se jubiló en 1886, pero continuó residiendo parte del año en Tánger. Murió en Escocia en 1893. Tuvo una gran influencia en todos los asuntos marroquíes y sus libros eran lectura obligada, e información copiada, por los que querían saber algo sobre la realidad marroquí. Destaca *Morocco and the Moors. Western Barbary: Its Wild Tribes and Savage Animals* (1869), o las memorias publicadas en 1896.

poleta a cero desde el centro de la ciudad amurallada, y el estacionamiento de tropas del sultán en las fronteras de las plazas españolas y frente a Alhucemas y Vélez de la Gomera, para garantizar su seguridad. Pero ante este acuerdo los cabileños de Anyera\* manifestaron su oposición atacando unas obras de fortificación de Ceuta.

### Las causas y preparación de la guerra

Señalar que el ataque de los anyera a Ceuta, y la falta de castigo por parte del sultán, fuera la sola causa de la guerra es exagerar, aunque es la que prefiere la historiografía tradicional de la época. Aun suponiendo que fuera la gota que colmara el vaso, el último de una serie de ataques y agresiones, no puede explicar por sí solo el hecho, porque, al igual que en ocasiones anteriores, podía haberse saldado con una acción de castigo o con una reclamación diplomática. Los españoles agrandaron el tamaño de los incidentes y los marroquíes hacían promesas de castigar a los culpables con tal de mantener una paz con España que duraba ya más de cien años. Las relaciones entre ambos países se desarrollaban satisfactoriamente tras la firma del tratado de paz de 1799. Pero el sultán extendía demasiado la correspondencia diplomática sin acto alguno de autoridad, tal vez porque no tuviera la suficiente frente a las cabilas de Anyera, que, a la vista de la inacción, volvieron a la carga contra las fortificaciones españolas. Por otro lado, los españoles parecían dispuestos a la guerra y obstaculizaron cualquier acuerdo con el enviado del sultán.

En esta etapa de la historia España se hallaba en paz interior, finalizada la guerra carlista, y con un importante desarrollo económico. Se

---

\* Anyera, Anjera o Anghera (Anjra es la denominación oficial en Marruecos) es la cabila cuyo territorio rodea a la ciudad de Ceuta.

había iniciado una política exterior audaz, con intervenciones en Conchinchina (1858), Santo Domingo (1861), México (1862) y en la Guerra del Pacífico (1866). La potencia que había alcanzado el ejército español, tras años de guerra civil, pudo pesar para la aventura africana con objeto de tener ocupados a los militares. También el auge que iba tomando el colonialismo militar: en 1857 los ingleses se enfrentan a una sangrienta rebelión de los cipayos en la India y en 1859 los franceses atacan a los marroquíes desde Argelia. Como decíamos, la cada vez más agresiva política francesa en Marruecos hizo temer a los políticos españoles que se dejara a España fuera de juego. Y era también una oportunidad de cambiar el curso de la historia de derrotas que España había sufrido en América y en la humillante invasión napoleónica. La guerra de África era pues una ocasión de encontrar una causa nacional, un objetivo que uniera a todos los españoles frente a un enemigo común y extranjero. Y no se desaprovechó. La empresa se configuró como una cosa de todos, y tanto los políticos, con alguna excepción destacada como Alonso Martínez, como la prensa que representaba la opinión de las distintas fracciones (por ejemplo, los artículos de Emilio Castelar en *La Discusión*) apoyaron la aventura. Por otra parte, fue una empresa muy popular. La gente acudía a despedir las tropas, se agotaban las ediciones de los periódicos y de los folletos que contaban semanalmente los avatares de la campaña, se organizaban con éxitos banquetes y actos para recaudar fondos y aparecieron voluntarios por doquier, incluidas las provincias catalanas y vascas, que habían sufrido la guerra carlista con mayor fuerza.

Esa corriente favorable en la opinión fue hábilmente aprovechada por el gobierno de la Unión Liberal para declarar la guerra. Hubo que vencer algunas reticencias diplomáticas, ya que Inglaterra veía con malos ojos cualquier acción que incluyera Tánger por su posición estratégica de llave del Estrecho y Francia no toleraría un acto de ocupación de territorio africano.

Ofrecidas las garantías pertinentes, O'Donnell propuso al Congreso de los Diputados la declaración de guerra el 22 de octubre de 1859, que fue aprobada por unanimidad por los 187 diputados presentes. No se criticó nada, no se discutió. Nadie puso objeciones a las fechas elegidas, ni se cuestionó el estado del ejército en general, ni se propuso una información exhaustiva sobre el enemigo, ni se habló del desconocimiento del teatro de operaciones. Había tanto ardor guerrero propio como menosprecio al enemigo. En todo caso, el sultán era el encargado de mantener el orden en el territorio que rodeaba Ceuta, tal y como se firmó en el tratado de 1845, y su falta de cumplimiento era causa que se vio suficiente para declarar la guerra. En realidad, el sultán no tenía fuerza bastante para mantener el orden y la autoridad en todo el imperio, y las acciones de los bereberes rifeños se escapaban de su control. O'Donnell habló en el Congreso de lavar la honra y terminó su intervención diciendo: «Firmes en nuestra razón y en nuestro derecho, el Dios de los ejércitos hará el resto». Y en un ambiente de júbilo, de exultante impulso patriótico, los españoles vieron esta guerra como una magnífica ocasión de demostrar su poderío. El español siempre ha tenido una fuerte prevención cuando no enemistad hacia el moro. Y, en aquellos tiempos, se empezaba a vislumbrar la posible expansión territorial en territorio marroquí, tal y como había previsto la reina Isabel la Católica en su testamento.

### La guerra de 1859-1860

Tras la declaración, se forma el cuerpo expedicionario del ejército al mando del capitán general Leopoldo O'Donnell Joris, conde de Lucena. Resulta insólito que el mando del ejército expedicionario recayera en el presidente del Gobierno. El jefe del estado mayor era el mariscal de campo Luis García y su segundo jefe el brigadier José Ra-

món Mackenna. Este Ejército de Operaciones o Ejército de África se organizó de la siguiente manera:

- a) Primer Cuerpo de Ejército al mando del mariscal de campo Rafael Echagüe Birmingham, que se organizó en el campo de Gibraltar y Ceuta. Lo componían una brigada de vanguardia y una división. En total doce batallones de infantería, un escuadrón de caballería, tres compañías de artillería montada con dieciocho piezas y cuatro compañías de ingenieros. Y quince guardias civiles a pie y otros quince a caballo.
- b) Segundo Cuerpo de Ejército al mando del teniente general Juan Zabala de la Puente, conde de Paredes de Nava, organizado en la provincia de Cádiz. Lo componían dos divisiones con un total de dieciséis batallones de infantería, un escuadrón de caballería, tres compañías de artillería montada con doce piezas, una compañía de artillería de montaña con seis piezas y otra compañía de ingenieros. Y quince guardias civiles a pie y otros quince a caballo.
- c) Tercer Cuerpo de Ejército al mando del teniente general Antonio Ros de Olano, conde de La Almina, organizado en Málaga. Lo componían dos divisiones con dieciséis batallones de infantería, un escuadrón de caballería, dos compañías de artillería montada con doce piezas y una de montaña con seis y una compañía de ingenieros. Y quince guardias civiles a pie y otros quince a caballo.
- d) Una división de reserva formada en Antequera al mando del teniente general Juan Prim Prats, conde de Reus. Compuesta por cuatro batallones de infantería, dos batallones de artillería y otros dos de ingenieros.
- e) Una división de caballería al mando del mariscal de campo Félix Alcalá Galiano, formada en El Puerto de Santa María.

Estaba compuesta por nueve escuadrones de caballería y tres de artillería montada con doce piezas.

En total, 163 jefes, 1.599 oficiales y 33.228 clases de tropas y soldados. Aunque las cifras no son exactas, ya que a lo largo de la campaña se fueron añadiendo efectivos, se calcula que pudieron participar entre 45.000 y 50.000 españoles. Los tratadistas, por ejemplo el general Martín Arrúe, hablan de escasez de tropa de infantería para acometer una campaña en tierra enemiga. También participó una pequeña flota al mando del almirante Segundo Díaz Herrero. Frente a ellos había un ejército marroquí de composición imprecisa, pero que pudo estar formado por más de 100.000 infantes y más de 30.000 jinetes. Serrallonga resume la preparación de la campaña en dos palabras: improvisación y desconcierto. Habla del error de escoger Tetuán como objetivo, la falta de recursos de la armada, la pesada intendencia y carencias sanitarias, sobre todo ante el cólera, que era epidémico en esas fechas. Había que añadir el problema de las pobres comunicaciones y la falta de recursos, que se solventó en parte con la ayuda de instituciones de caridad.

### Las tropas españolas en Ceuta

La primera parte de las operaciones consistía en situar a las tropas españolas fuera de la ciudad de Ceuta, fortificar las posiciones donde acamparan y organizar la marcha hacia el enemigo. Una vez transportadas las tropas a África, muchas en barcos extranjeros contratados al efecto, se montaron los campamentos en Ceuta. La ciudad era pequeña y estaba constreñida en unas murallas que dejaban poco espacio a los llegados. Tal cantidad de tropa en tan pequeño espacio originó el hacinamiento que favorecía la enfermedad. Las calles se llenaron de

soldados y tiendas, de transeúntes, de heridos y de toda aquella gente civil que acompaña a un ejército a la guerra, ocupada en diversos oficios y comisiones. Según llegaban más tropas, ante la imposibilidad de alojarlas en la ciudad, se alejaban del centro para montar los campamentos en el campo exterior. Ceuta se encontraba amurallada tras un canal que la convertía en una isla. Desde este canal hacia la zona en disputa con Marruecos existía un pequeño territorio con algunas huertas y escasas construcciones que carecía de defensas permanentes y favorecía los ataques marroquíes. En este espacio fueron acampando las siguientes remesas de tropas, estableciendo unos reductos fortificados que fueron el origen de una línea de fuertes que se construirían a continuación.

Los españoles establecieron en el campo exterior el cuartel general de O'Donnell y más avanzados los campamentos de Prim y Zabala. Todavía más hacia el campo enemigo se encontraban la mezquita y el otero desde donde se siguieron los primeros combates. Un poco más adelante, ya traspasada la frontera, formaron un gran campamento en un antiguo caserón llamado El Serrallo, que era un excelente lugar de observación de Ceuta, por una lado, y de la sierra Bullones por el otro. «Ha sido indudablemente un soberbio alcázar, si no tan vistoso por fuera (lo cual es propio de las construcciones árabes) como los que habitan nuestros soberanos europeos, muy bien acondicionado para llevar una vida paradisíaca», decía Alarcón.<sup>1</sup> El edificio se hallaba abandonado, aunque era ocasional refugio de algunas autoridades de la zona. Se había tomado con facilidad, quizás porque fue una acción que el enemigo no esperaba, y allí acamparon las fuerzas de Echagüe, que desembarcó el 19 de noviembre. La armada bombardeó el campo enemigo mientras los ingenieros despejaban y fortificaban las posiciones españolas. Tenía Echagüe la misión de entretener al enemigo mientras el grueso de fuerzas españolas desembarcaba en cabo Negro para acometer desde allí la desembocadura del río Martín, el fuerte que los

moros poseían en el lugar y el camino a Tetuán. El Serrallo era el centro de un arco defensivo sobre el que se iniciaron los trabajos de tres reductos: Isabel II, Príncipe Alfonso y Francisco de Asís, a los que más tarde se añadirían otros tres que garantizaban la defensa de los campamentos españoles y de la ciudad de Ceuta.

Los reductos eran fortificaciones provisionales, algo más que blocaos, pero en estas posiciones se construirían más adelante los fortines que aún se observan en la ciudad africana. El plan español consistía en asegurar este territorio fronterizo para marchar por la costa hasta la desembocadura del río Martín (Jelú), donde existían unos pequeños fortines marroquíes, continuar luego por la orilla del río hasta la ciudad de Tetuán, tomarla y seguir hasta hacerse con Tánger.

La dureza del terreno dificultaba la construcción de reductos avanzados, y los marroquíes hostigaban continuamente a los españoles mediante escarceos, emboscadas o escaramuzas. Frente a las tropas españolas desplegadas en los alrededores de Ceuta, hacia el oeste, se presentaba la sierra Bullones, de difícil acceso, cumbres escarpadas, aunque no muy elevadas, y barrancos profundos que dificultaban el avance y facilitaban las emboscadas. Era la frontera natural del territorio llano de Ceuta. Una abertura en el macizo montañoso, conocida como el boquete de Anyera, daba paso al camino a Tánger por el Estrecho, que los españoles no tenían previsto seguir, y a un valle donde se concentraba la mayor parte de la población de la cabila. Pero era un desfiladero peligroso para los españoles y era la salida natural de los atacantes. Frente a este accidente se construía a marchas forzadas el reducto de Isabel II. En la parte más próxima a la costa se levantaría el de Alfonso XII para proteger la carretera que se proyectaba hacia Tetuán, en el pasillo entre la costa y la sierra, donde solo existía una vereda. La proximidad de las elevaciones a la playa dificultaba el trabajo, ya que los rifeños tenían a los soldados españoles a tiro de fusil.

El 25 de noviembre se produce la primera batalla importante en la sierra de Bullones. El enemigo marroquí se había concentrado en gran número en las faldas y barrancos de la sierra, frente a las posiciones avanzadas españolas. Llovía a mares y los españoles apenas podían distinguir al enemigo hasta que se les echaba encima. Los marroquíes trataban de aislar el reducto de Isabel II del campamento de El Serrallo, a la vez que atacaban las obras de los otros reductos. Era un intento desesperado de expulsar al intruso de su territorio e impedir que la guerra continuara. El empuje enemigo hubo de contrarrestarse con varias cargas a la bayoneta y la lucha cuerpo a cuerpo. Los batallones españoles quedaron aislados unos de otros por el empuje marroquí. Pero el valor y la disciplina sirvieron para vencer la dificultad. El general Echagüe se puso el frente de sus tropas, resultando herido en la mano y muerto su caballo. La carga del brigadier Lassansaye con los batallones de Talavera y Mérida sirvió finalmente para socorrer a los de Madrid y Alcántara, y se consiguió salvar la suerte de la batalla, que se presentaba muy difícil, cosechando la primera gran victoria. La batalla dejó 411 bajas españolas (94 muertos).

Por fin, el día 27 desembarcó en Ceuta el general O'Donnell, produciendo un enorme júbilo entre la tropa, como señalaba Alarcón en su *Diario de un testigo de la guerra de África*. Ese mismo día llegó parte del Segundo Cuerpo y la división de reserva.

A pesar de los combates, la sierra Bullones no se había tomado, tan solo se repelieron los ataques y se afianzaron las posiciones españolas a la espera del resto de las tropas, que todavía no habían podido desembarcar por el estado de la mar. Las embestidas enemigas continuaron durante todo el mes de noviembre. El 27 O'Donnell logró al fin desembarcar con la división de Orozco y parte de la de reserva de Prim. En los ataques del día 30 se hallaba O'Donnell al frente de las tropas y observaba cómo los moros se introducían a través del boquete de Anvera hacia el campo español y cercaban la posición de El Renegado,

que dominaba el reducto español de Isabel II. El avance se cortó con una carga a la bayoneta del Regimiento de Madrid con el coronel Caballero y los soldados de Borbón, que envolvieron al enemigo, abortaron su plan de ataque y lo arrinconaron de espaldas al mar. Pero los cabileños se negaron a rendirse, murieron combatiendo o se echaron al mar, donde perecieron ahogados la mayoría; solo un puñado consiguió llegar a las playas de la bahía de Benzú para ponerse a salvo.

A pesar del arrojo del enemigo, los españoles eran superiores, contaban con mejor caballería y armamento y estaban respaldados por las baterías de artillería que batían las concentraciones marroquíes. El ejército español quedó a la defensiva hasta que se completara el plan inicial de ataque y avance. Faltaba que la marina transportara el resto de tropa y bombardeara las posiciones señaladas en el río Martín, cosa que impedía el fuerte viento de levante que azotaba las costas africanas.

La situación continuó sin grandes sobresaltos. Los españoles proseguían las obras de defensa, el inicio de la carretera a Tetuán siguiendo la costa hasta el río Martín, y organizando las tropas para el avance definitivo. Los cabileños se batían hostigando las posiciones y campamentos con pequeñas acciones que mantenían en continua alerta a las tropas nacionales. Pero llegó el momento en que los marroquíes de las cabilas fronterizas lanzaron un ataque desesperado con la intención de vencer definitivamente al ejército español. El 9 de diciembre las avanzadas de los reductos de Isabel II y Rey Francisco notaron que el enemigo se acercaba a las trincheras, atacaba y conseguían rebasar las líneas españolas. Cada reducto estaba defendido por tres compañías, que no fueron suficientes para contener a los magrebíes, y hubo que pedir refuerzos para expulsar a estos a los bosques próximos. Una vez reorganizados, lanzaron un segundo ataque.

La jornada fue una sucesión de ataques rifeños repelidos por las tropas de refuerzo españolas, seguidos de una reorganización y nuevos ataques. Fue una lucha agotadora, en la que no hubo tregua. Los al-

corniques de los bosques servían de parapeto a los tiradores cabileños, que no cesaron en el esfuerzo. O'Donnell, una vez repelidos los ataques, decidió no seguir a los marroquíes hasta los bosques y esperarlos en las posiciones fortificadas. Ante esto, los cabileños, que eran conscientes de su inferioridad en ataques en campo abierto, abandonaron la lucha y volvieron a sus hogares. El combatiente marroquí era duro; no caía prisionero, prefería la muerte. Se sustentaba con muy poco y resistía a los españoles con un temperamento envidiable. Contaba Yriarte: «Se les han quemado las mieses, cortado por el tronco los árboles frutales que mantenían esas tribus; hasta los manantiales han sido cegados para lograr la dispersión de las hordas». <sup>2</sup> Pero se escondían en cuevas y resistieron a los españoles hasta el final de sus fuerzas.

Todo el mes de diciembre transcurrió con continuos ataques moros a los españoles, que aseguraban sus reductos y trabajaban en la carretera a Tetuán. Para organizar la marcha tenían que trazar una carretera capaz de soportar el paso de cañones y carros. Las fuerzas españolas tenían que avanzar por la costa sur de Ceuta para llegar a cabo Negro y al río Martín, donde esperaba el resto de las fuerzas que iban a desembarcar en esos puntos. Los ataques marroquíes en la sierra Bullones no habían logrado el objetivo de detener y hacer retroceder al ejército español, que, superadas las alturas iniciales, avanzaba hacia el valle de Los Castillejos. Los ataques se recrudecieron al llegar la Navidad. Los moros disparaban no solo sus viejas espingardas, sino con modernos fusiles adquiridos a Gran Bretaña. No eran solamente cabileños de Anyera como en los primeros combates, sino que había tropas del ejército del sultán que, mandadas por su hermano Muley el Abbas, acampaban en la parte final del río Martín (Uad el Jelú). Era un ejército numeroso, pero carecía del armamento y de la disciplina del español. Los hospitales de Ceuta se llenaron de heridos en los combates y de enfermos de cólera, y algunos tuvieron que ser transportados a la península para dejar sitio a los que llegaran después.

## La batalla de Castillejos

La segunda parte de la ofensiva comprendía el avance por una línea paralela a la costa. A partir del 12 de diciembre de 1851 el ejército español se dedicó casi al completo a trabajar en el camino de Ceuta a Tetuán para que estuviera practicable. La división de reserva de Prim era la encargada de proteger las obras, por lo que fue escalonada a lo largo del mismo, en las estribaciones montañosas, protegiendo de los posibles ataques marroquíes el pasillo costero donde se trabajaba.

Los españoles tenían prisa por salir del entorno montañoso y poder enfrentarse al enemigo en campo abierto. Buscaban asegurarse en el llano para evitar las continuas agresiones y emboscadas que los marroquíes organizaban aprovechando el terreno. El 1 de enero de 1860 se produjo la decisiva batalla de Los Castillejos, valle situado a unos 10 kilómetros de Ceuta y paso obligado hacia cabo Negro y el río Martín. Existía allí un pequeño aduar que los españoles transformarían en pueblo durante el protectorado y que hoy lleva el nombre de Fnidiq y cuenta con casi sesenta mil habitantes. En las lomas próximas acampaba un numeroso contingente de tropas marroquíes. Comenzó el año nuevo con un importante dispositivo español que avanzaba hacia allí. Prim iba en vanguardia y se detuvo cuando divisó el lugar. Había llegado por la costa sin oposición. En las primeras lomas, enfrente, aguardaban unos mil moros que constituían la vanguardia enemiga. La artillería despejó el bosque mientras el brigadier Serrano aseguraba el flanco para que Prim tomara posiciones en el valle, a la vez que desembarcaban algunas fuerzas de infantería de marina.

Frente a los españoles se encontraban unos veinte mil combatientes enemigos, entre cabileños y tropas del sultán. Los españoles habían ocupado Castillejos, donde existían unas ruinas, asegurándose en el valle. Pero la verdadera batalla se iba a decidir en las alturas en las que se escondían los marroquíes evolucionando por las faldas de la sierra en

un movimiento paralelo y teniendo al ejército español a tiro de fusil. Para evitar el fuego enemigo, Prim cargó con cuatro batallones en línea, cuatro en reserva y el Regimiento de Córdoba como segunda reserva, apoderándose de una loma dominante. Mientras, en el llano los Húsares de la Princesa cargaban poniendo al enemigo en fuga hasta llegar a un terreno donde se habían cavado unas zanjas, en las que cayeron caballos y jinetes y se produjo la única pérdida seria del ejército español. Las dificultades de un terreno quebrado, lleno de hondonadas y barrancos, con bosques en las faldas serranas, impidieron a los españoles llegar al campamento moro. Pero Prim aprovechó para montar el de su división en la loma conquistada y desde una de sus alturas pudo ver el contingente enemigo, lo que despertó su deseo de atacarlo, pero entendió que su objetivo era Tetuán y no el campamento y mantuvo sus posiciones.

Aunque la realidad no era tan sencilla, Alarcón escribía: «La posición de dicho campo era más fuerte de lo que a primera vista parecía, enclavado como estaba en el fondo de cuatro apiñados montes, cuya toma nos había costado larga y sangrienta lucha y distraer nuestras fuerzas de su verdadera dirección».<sup>3</sup>

En el ínterin, los marroquíes recibieron refuerzos y, en vista de la pasividad ofensiva española, decidieron atacar a Prim en su base. Lo hicieron mediante oleadas incesantes de combatientes que pusieron en serio peligro las posiciones españolas. Los españoles llevaban luchando todo el día sin descanso ni comida, cuando el Regimiento del Príncipe fue rodeado en una colina: era una situación comprometida en la que la derrota estaba cercana. Prim tomó una decisión arriesgada: mandó avanzar a la artillería para castigar al enemigo mientras se reponía un poco la infantería. Los soldados españoles abandonaron las mochilas en el suelo para poder combatir con más soltura, dejando con ellas todo lo que necesitaban en la campaña menos el fusil. Prim, en un arrebató de coraje, le quitó la bandera española al abanderado y arengó a sus tropas con pa-

labras que reprodujo Pedro Antonio de Alarcón: «¡Soldados! Vosotros podéis abandonar esas mochilas, que son vuestras; pero no podéis abandonar esta bandera que es de la patria. Yo voy a meterme con ella en las filas enemigas... ¿Permitiréis que caiga en poder de los moros? ¿Dejaréis morir solo a vuestro general?». Las palabras hicieron efecto, los soldados cargaron a la bayoneta y dispersaron a quienes los tenían casi vencidos. En ese momento los soldados del Segundo Cuerpo de Ejército de Zabalza llegaron al campamento, evitando que las tropas de Prim fueran rodeadas, y golpearon el flanco marroquí. Todavía atacarían los moros una tercera vez a las tropas españolas, que, según pasaba el día, estaban más afianzadas en sus posiciones y con las defensas mejor fortificadas para poder rechazar con más seguridad a los enemigos. La victoria fue completa. Los marroquíes cruzaron el río Castillejos, desmontaron el campamento y se dispersaron hacia el sur o por el este en la sierra. Los españoles dominaban ya el valle y las primeras estribaciones de la sierra y podían continuar el camino hacia el sur. Pero la batalla había dejado muchas bajas en los dos bandos.

Desde Castillejos los españoles debían seguir por la costa hasta la desembocadura del río Martín. El camino era pantanoso y estaba lleno de accidentes que favorecían las emboscadas y ataques moros. Debían llegar a los altos de la Condesa y cruzar el río Manuel, pasar por un estrecho desfiladero, atravesar el río Smir hasta encontrarse con el cabo Negro y el monte que lo ocupa hasta la desembocadura del Martín, donde los marroquíes tenían el campamento principal, unos fuertes y polvorines. En más de un mes solo se había avanzado unos 10 kilómetros

### **Cabo Negro y el río Martín**

Como decimos, el siguiente paso del ejército español era avanzar por el camino de Tetuán, que discurría paralelo a la costa hasta el río

Martín. Los marroquíes ocupaban las alturas laterales hostigando continuamente a los españoles que avanzaban por la orilla del mar. Los combates abiertos se sucedieron. El 4 de enero estaban en las alturas de la Condesa, muy próximas a Castillejos, y tenían ante sí la dificultad de pasar el río Manuel, que se presentaba como un obstáculo. Para salvar la situación se ideó una acción que tomó por sorpresa a los marroquíes; «uno de los movimientos más hermosos hechos en esta guerra por los españoles», según el francés Yriarte.<sup>4</sup> El ejército español estaba acampado en un lugar a orilla del río Manuel, mientras los marroquíes esperaban apostados en los contrafuertes de la sierra, para batir a los españoles cuando cruzaran por un estrecho vado. Pero se descubrió que el río Manuel no desembocaba abiertamente en el mar, sino que se filtraba a través de una lengua de arena suficiente como para que pasaran hombres, animales, carros y cañones. Mientras Ros de Olano realizaba maniobras de entretenimiento, el grueso del ejército español atravesó el río para seguir hacia el sur sin mayores contratiempos. Cuando los moros se dieron cuenta de la maniobra, los españoles ya se encontraban a la altura del monte Negrón, una elevación a orillas del mar que cierra el camino hacia el río Martín. Los ataques moros se sucedieron contra las fuerzas de Ros de Olano, que tuvo que contenerlos.

Todavía tuvieron los españoles contrariedades con el tiempo. Una fuerte tormenta a la altura del río Smir los obligó a acampar en condiciones muy difíciles en el aduar de M'diq o Medik, en campos encharcados y sin los alimentos que les debían llegar por mar. El agua lo anegaba todo, y los españoles permanecían empapados mientras combatían a los atacantes. El terreno pantanoso dificultaba el avance y facilitaba la enfermedad.

Estarían los españoles a la vista del valle de Tetuán cuando pasaran cabo Negro y divisaran el río Martín, por cuya vega llegarían a la ciudad. En cabo Negro aguardaban otra vez las fuerzas marroquíes reforzadas por la guardia negra del sultán y numerosa caballería llegada de

Tetuán, contra la que se ocupó la artillería española. El terreno era propicio para las cargas de caballería, pero los marroquíes no se atrevieron a lanzar el ataque. Fueron los españoles los que, apoyados por fuego de granadas, tomaron la iniciativa. Era el 16 de enero, los españoles habían madrugado y, sin perder tiempo en el desayuno, aliviados solo por galleta seca, se lanzaron a las colinas para desalojar al enemigo. La llegada de la escuadra y su fuego contra las posiciones enemigas hizo el resto. A las tres de la tarde llegaron nuevos barcos con la división del general Ríos.

Los españoles acamparon en las laderas de las colinas y llegaron ese mismo día al río Martín, donde había un pequeño fuerte marroquí que fue tomado, consiguiendo arrebatarse siete cañones del 24. En dieciséis días habían avanzado cuarenta kilómetros y estaban a apenas diez de Tetuán. El enemigo había perdido una posición de gran importancia estratégica y, seguramente, psicológica. La escuadra española fondeó en la desembocadura del Martín. Pero, como señala Joly, el estado mayor no se hacía ilusiones sobre las dificultades que le quedaban por vencer. Los marroquíes se instalaron delante de la ciudad de Tetuán, en un último intento de mantenerla en su poder. Los españoles montaron el campamento principal en el fuerte Martín. Habían completado todo su trayecto costero y debían emprender el camino interior, hacia el oeste, siguiendo el curso del Martín, para llegar a Tetuán.

O'Donnell se tomó un tiempo antes de acometer la acción decisiva de atacar Tetuán. Las tropas recién llegadas eran jóvenes y bisoñas y requerían alguna labor de instrucción. La retaguardia española estaba garantizada en el camino de Ceuta y por la presencia de la armada en el mar próximo. Intentó mantener la paz lo más posible, pero el enemigo atacó las fortificaciones que se levantaban en el reducto de la Estrella, una posición avanzada que, con esa forma geométrica, los españoles construían a orillas del río Alcántara. Las fuerzas marroquíes se

prepararon para defender la ciudad de Tetuán. Mandadas por el príncipe Muley el Abbas, se reforzaron con nuevas tropas llegadas al mando de Muley Ahmed. Montaron dos campamentos unidos por una primera línea de trincheras. El Abbas tenía su campamento en la torre de Cefú o Jeleli, protegido por dos líneas de trincheras, y apoyado en los primeros contrafuertes de la sierra.

El 23 de enero los marroquíes atacaron el reducto de Estrella, donde trabajaban como obreros trescientos cazadores de la Reina y cien de Llerena y se mantenían algunas tropas de protección al mando del brigadier Villate. La acción es observada por el general Ríos desde la Aduana, posición avanzada española donde el sultán tenía la aduana del río Martín, navegable hasta ese punto, en su confluencia con el Alcántara. «Conjunto de edificios poco importantes que servían de almacén al comercio de los moros», decía Yriarte.<sup>5</sup> Para evitar la derrota, O'Donnell mandó los refuerzos con artillería y caballería mientras que Ríos cubría el flanco izquierdo. Los marroquíes trataban de mantener a los españoles en el reducto mientras su caballería los envolvía por las dos alas y hostigaban a Ríos en el puente de Alcántara. Las tropas de Ríos eran novatas, como sus jefes, y cayeron en la trampa de seguir al enemigo, a quien creían derrotado. Se vieron envueltas por este y tuvieron que ser socorridas por otras tropas enviadas por O'Donnell. La acción de contrarrestar a los marroquíes mediante otro movimiento para envolverlos dio resultado y la situación quedó salvada. Fue la última vez que el ejército marroquí tomó la iniciativa sorprendiendo a los españoles. El 29 de enero de 1860, estos celebraron misa en el campamento, dedicándose después al reconocimiento del campo de Tetuán.

O'Donnell había señalado el 4 de febrero como día del asalto a Tetuán. El ejército se puso en marcha muy temprano, avanzando contra el fuego artillero del enemigo y parándose a 1.700 metros del campamento de Muley Ahmed. La artillería hispana preparó el avance mientras dos batallones del Tercer Cuerpo defendían a los españoles de

los ataques por la izquierda de infantes y caballeros marroquíes. Este cuerpo rebasó pronto las trincheras moras, mientras que el Segundo esperaba el cese del fuego de las piezas de artillería para envolver al enemigo por el otro flanco. Los marroquíes de las trincheras se batían bien, ayudados por su artillería del campamento y de la ciudad de Tetuán. Pero los españoles penetraron en el campamento, Prim el primero, a la cabeza del Batallón de Alba de Tormes y de los voluntarios catalanes que habían llegado la víspera. La reserva española había impedido que las fuerzas de Muley el Abbas estacionadas en la torre Jeli acudieran en auxilio de sus compatriotas. Los marroquíes abandonaron en el campamento todo lo que habían llevado y huyeron hacia Tetuán sin que sus jefes pudieran hacerlos volver al combate. El acierto táctico de O'Donnell había infligido una total derrota a las fuerzas magrebíes y la ciudad de Tetuán quedaba abierta a los españoles.

El día 5, el general O'Donnell se dirigió al gobernador de Tetuán para que rindiera la plaza, bajo la amenaza de bombardearla. Con la promesa de respetar vidas y haciendas, la ciudad se rindió a los españoles. El Batallón de Zaragoza fue el primero en entrar en la ciudad amurallada. Quedaron los españoles en ella. O'Donnell albergaba la esperanza de continuar hasta Tánger. En el campo marroquí reinaba el caos y la desmoralización. La ciudad de Tetuán, de unos cincuenta mil habitantes, estaba amurallada y artillada, pero los defensores no se vieron capaces de luchar contra el ejército español. Muley el Abbas se había retirado, huyendo a uña de caballo, desistiendo de la defensa de la ciudad. Le siguieron muchos habitantes, que intentaban ponerse a salvo caminando hacia Tánger, creyendo que los españoles incendiarían la ciudad y que los montañeses harían el saqueo de los restos: «Desde lo alto de la alcazaba observamos allá lejos, en dirección al fondak, la larga caravana de fugitivos que iba como en peregrinación a buscar refugio en los escabrosos montes o en las ciudades vecinas», escribía Núñez de Arce, que acompañaba a Zabala como cronista.<sup>6</sup>

Quedaban los judíos sefarditas, que aclamaban a los españoles como salvadores. Los españoles entraron en Tetuán el 6 de febrero de 1860. En ese momento, la toma de Tetuán era solo un paso importante en el camino hacia Tánger, que era el verdadero objetivo del ejército español. Pero, aunque la retirada marroquí de Tetuán facilitó la toma de la ciudad sin resistencia, la guerra no estaba aún terminada. El 1 de marzo salió a la luz *El Eco de Tetuán*, dirigido, escrito e impreso por Pedro Antonio de Alarcón, que pasa por ser el primer periódico que se editó en Marruecos. Aprovechó la imprenta del ejército expedicionario y sacó varios números que defendían la intervención española y la política de O'Donnell.

Durante la campaña, para ayudar a sus compatriotas, los cabileños fronterizos de Melilla atacaban continuamente la plaza y a las tropas españolas de guarnición. El 7 de febrero, el brigadier Buceta, comandante de la plaza, decidió emprender una operación de castigo, que se saldó con una derrota el día 10, obligando a los españoles a resguardarse en los fuertes y la ciudad.

### **La batalla de Uad Ras y el final de la campaña**

El día 11 de marzo se hizo la primera propuesta de paz, que el jefe marroquí rechazó. El enemigo, refugiado en la sierra Bermeja, no se rendía y continuaría combatiendo todavía algunas semanas más. La tregua fue rota ese mismo día, cuando los marroquíes escondidos en la orilla del Martín iniciaron las hostilidades contra tropas de Echagüe. El día 12 la tranquilidad se vuelve a romper cuando los marroquíes intentan atacar Tetuán. El enemigo protegía el camino a Tánger por el que los españoles aún albergaban la esperanza de transitar, aunque los acuerdos diplomáticos con Francia e Inglaterra impedían a nuestro ejército llegar a la ciudad del Estrecho. Y dominaban las alturas de los

alrededores de la ciudad recién tomada. Era necesario, pues, para garantizar la tranquilidad, volver a combatir al ejército del sultán hasta derrotarlo definitivamente.

Como los españoles conocían la táctica marroquí consistente en tratar de envolver por los flancos, el general Ríos tomó las alturas. O'Donnell ordenó avanzar a las tropas españolas. Pero el camino de Tetuán a Tánger era malo y estrecho y no estaba practicable para los carros de artillería e intendencia. Solo se podía ir a pie o en caballería. Echagüe iba en vanguardia, al mando del Primer Cuerpo, le seguían los Cuerpos Segundo, con Prim, y Tercero, con Ros de Olano, y toda la impedimenta cargada en acémila y en ochocientos camellos comprados en Orán, protegida por la división de caballería; y cerraba la división de reserva de Mackenna. A las nueve de la mañana, y a 2 kilómetros de Tetuán, la vanguardia comenzó a recibir el fuego de la artillería del sultán. El objetivo de los marroquíes era tomar el aduar de Samsa y las alturas que lo dominaban, con el fin de envolver a nuestras tropas extendiéndose por la sierra. Echagüe, con tres batallones, se adelantó a la maniobra y cortó la retirada marroquí hacia Uad Ras,\* colocando uno de los batallones en la cima más alta. Prim salió en ayuda con una brigada, atacando a los marroquíes en las lomas y batiendo a la caballería con disparos artilleros, mientras que Ríos tomaba las alturas de la sierra Bermeja. Después, los marroquíes, derrotados, volvieron a pedir la paz, aunque se seguían mostrando intransigentes en la pérdida de Tetuán. El gobierno español había accedido a rebajar la indemnización pero no a dejar la ciudad.

El 23 de marzo el ejército de O'Donnell estaba listo para avanzar hacia Tánger. O'Donnell ya se había reunido con Muley el Abbas para tratar la extensión del acuerdo de paz. El marroquí sabía que las po-

---

\* Los nombres árabes han sido siempre muy mal transcritos en español. El río Ras lo podemos ver escrito como Wad Ras, Uad Ras, Gualdrás o Guad Ras.

tencias europeas no dejarían a los españoles llegar a Tánger y jugaba la baza de que la situación estaba estancada, aunque la guerra la perdieron. Era su último intento de conservar la ciudad de Tetuán, a lo que O'Donnell se oponía amenazando con continuar la guerra hasta Fez y Mequinez. El general español sabía del estado de descomposición que vivía el imperio magrebí, aunque era poco probable que pudiera continuar la guerra por las presiones de Francia e Inglaterra. Las conversaciones quedaron interrumpidas. Abbas trataba de ganar tiempo, y O'Donnell le apremiaba al comprobar que nuevas fuerzas marroquíes llegaban al campo enemigo. A finales de febrero habían arribado a Tetuán los Tercios Vascongados, que reforzaban el ejército español, pero eran tropas voluntarias de escasa instrucción. Dado que el marroquí no llegaba a acuerdo alguno, O'Donnell mandó que la escuadra bombardeara los puertos de Arcila y Larache.

Pero la interrupción de las conversaciones solo produjo un efecto negativo en algunas de las cabilas sometidas, que volvieron a hostilizar a los soldados españoles, causando varios muertos. El campamento marroquí estaba a unos 10 kilómetros de Tetuán, en el camino por donde debían pasar los españoles. Era pues inevitable un nuevo encuentro. Quizás el error de Muley el Abbas fue situar sus tropas en las orillas de los ríos Martín y Ras, en campo abierto, que era la manera en que siempre había ganado el ejército español, en vez de aprovechar los desfiladeros del fondak (escenario de difíciles acciones en campañas posteriores). Esto quizás sea señal de lo poco acertado que estuvo el mando marroquí en la guerra.

La batalla de Uad Ras, la más compleja de la guerra, había comenzado. El flanco derecho español no estaba tan protegido, porque daba a campo abierto, y por ahí atacaron los marroquíes tras cruzar el Martín. Hubo que rechazarlos a la bayoneta, obligándoles a retirarse a los valles del Ras y el Buceja (Bu Sfiha). Mientras, otras fuerzas marroquíes, en una maniobra de distracción que no tuvo éxito, atacaban las posiciones

de retaguardia española en los fuertes Estrella y Martín, que era un edificio muy deteriorado por obra de los ataques que las escuadras francesa y española habían efectuado antes de ser tomado por el ejército nacional. Al llegar al puente del Buceja, el valle se estrechaba, por lo que era más fácil contener allí a los españoles. Los combates se recrudecieron, porque los españoles lucharon tenazmente por conquistar una posición elevada que protegiera el avance, pero la resistencia marroquí era dura.

Los marroquíes se atrincheraban en los barrancos. Los voluntarios catalanes de Prim tuvieron que emplearse a fondo. Pasado el mediodía, la batalla no estaba inclinada a favor de ninguna de las partes. O'Donnell decide entonces atacar el centro marroquí, cargando a la bayoneta y haciendo retroceder por primera vez al enemigo y tomando con relativa facilidad el puente del Buceja. Pero el enemigo aguardaba en las laderas de ambos flancos, a donde había sido empujado por las cargas españolas. Prim comprendió que no se podía dejar que se atrincherara, cortándoles el paso, y atacó las posiciones marroquíes, cuyo grueso se encontraba en el aduar de Anaral y en el de Benider, que daba nombre a los montes. Una vez tomados esos puntos, la caballería marroquí trató de aislar a estos españoles del grueso del ejército. Para impedirlo estaban los cazadores de Ciudad Rodrigo, que llegaron al cuerpo a cuerpo, detuvieron el avance enemigo y dejaron el campo lleno de cadáveres propios y contrarios. En la segunda carga se vieron apoyados por el batallón de Baza y se volvió a poner en fuga a la caballería mora.

El ejército español ya estaba completamente desplegado y las acciones marroquíes iban a ser menos efectivas. Se llevaba todo el día luchando cuando O'Donnell lanzó el ataque final, el frente marroquí se rompió y sus unidades fueron abandonando el combate. A las cinco de la tarde acabó la batalla. Yriarte la describió así: «La victoria era completa, pero había costado muy cara... El valor demostrado por los moros estaba por encima de todo elogio, no fue coraje, fue rabia, fana-

tismo, una locura furiosa la que se apoderó de ellos».<sup>7</sup> Era ramadán, y el ardor guerrero se exacerbó; era también el último y desesperado intento de contener o vencer a los españoles

### **La paz y sus consecuencias**

El 24 de marzo de 1860 se iniciaron las conversaciones de paz en Tetuán. Tras la batalla de Uad Ras, Muley el Abbas no contaba con fuerzas para oponerse a los españoles y trató de conseguir una paz honrosa, pero las condiciones de O'Donnell ya estaban puestas. El marroquí trataba ya de conseguir lo más posible y de obtener la paz definitivamente. Derrotado en Uad Ras, ya no tenía fuerza ni capacidad de oponer nada a los españoles victoriosos.

El 25 de marzo se reunieron los dos comandantes en jefe para concluir los detalles del acuerdo en una tienda de campaña. La reunión fue larga y laboriosa, aunque las posturas negociadoras estaban en plano desigual. O'Donnell aceptó una rebaja de cien millones de reales en la indemnización, que se quedó en cuatrocientos millones. El general actuaba sin consultar a nadie, con suficiencia y conociendo el detalle de lo que quería aceptar, pues no hay que olvidar que era también jefe del Gobierno español que había redactado las cláusulas. Pero el convenio fue realista frente a los ilusos que pretendían seguir con la conquista de todo el país, cuando ni siquiera era lógico estirar las líneas para avanzar hacia Tánger. No era una guerra colonial propiamente dicha, porque su finalidad no fue la conquista y ocupación permanente de un territorio africano. Para ello se hubieran necesitado más medios materiales, económicos y humanos, y un acuerdo diplomático con los otros países europeos.

La paz se firmó en Tetuán el 26 de abril de 1860, renunciando los españoles a continuar la conquista y regresando el ejército a la penín-

sula a partir del 29. El entusiasmo que produjo la guerra se enfrió al conocer las condiciones de la paz. En España se esperaba mucho más, principalmente la ocupación del norte marroquí. Las cláusulas las resumimos así:

1°. Se reconocieron los límites exteriores de Ceuta.

2°. Se estableció una indemnización de 400 millones de reales. Mientras no fuera pagada, los españoles retendrían la ciudad de Tetuán. Sobre la cantidad hay discusiones. Algunos autores, sobre todo en la época, consideran que la cantidad se ajustaba a los gastos y bajas habidos en la parte española. Otros piensan que era más de lo que Marruecos podía pagar y que fue una medida que precipitó al imperio a manos de los europeos.

3°. Marruecos reconoció el derecho de España a tener una posesión en Santa Cruz de Mar Pequeña.

4°. Las partes se comprometían a firmar un nuevo tratado de comercio.

Cosa que se hizo en Madrid el 20 de noviembre de 1861. Tratado que era muy similar al de 1779. Se respetaba la libertad de residencia y de adquisición de inmuebles conforme al estatuto de nación más favorecida. Se acordó la exención de impuestos a los españoles en Marruecos y se admitía la jurisdicción consular. Se establecían los derechos de anclaje y pilotaje de los capitanes de puerto. Además, se le impuso al sultán la obligación de levantar un faro en el cabo Espartel. También otorgó a los españoles la posibilidad de comerciar en cualquier ciudad marroquí donde un súbdito de otra nación tuviera el mismo derecho. Se establecieron tarifas aduaneras. Y también el derecho de pesca para los españoles en las costas marroquíes.

Sobre el papel era un buen convenio para los españoles y muy severo para los marroquíes. Como hemos indicado, la situación españo-

la era de expansión económica, y se pensó que el mercado marroquí sería idóneo para las exportaciones e importaciones, pero el estado de la economía española era más débil de lo deseable y no podía asumir todo lo que Marruecos producía y necesitaba. Para empeorar las cosas, al cabo de poco tiempo el sultán firmaba convenios semejantes con Inglaterra y otras potencias europeas. Curiosamente, España era la única nación europea cuyo comercio con Marruecos era deficitario.

Otra de las consecuencias negativas de la guerra para Marruecos fue la intervención de sus aduanas. Los españoles accedieron a abandonar Tetuán, ciudad que garantizaba la indemnización de guerra, debido a las presiones internacionales, a cambio de intervenir las aduanas de los ocho puertos marroquíes abiertos al comercio exterior: Tánger, Tetuán, Larache, Rabat, Casablanca, Mazagán, Safi y Mogador. La mitad de los derechos iría a las arcas españolas y la otra mitad para Marruecos. Esto duró de 1862 a 1885 y nunca se llegó a cobrar la totalidad del importe. La penuria que supuso a la hacienda marroquí esta intervención se agravó aún más porque Inglaterra había concedido un empréstito al sultán para el pago de la indemnización que no estaba siendo devuelto en los plazos debidos, por lo que también intervino las aduanas en la parte que todavía correspondía a Marruecos. La pérdida de ingresos, en una etapa de decaimiento, fue de tal consideración que marcó el rumbo de Marruecos hacia la ruina y decadencia que, años más tarde, propiciaría la instauración del protectorado.

A esto hay que unir que la jurisdicción consular derivó hacia un régimen de capitulaciones que consistía en que los cónsules extranjeros podían admitir protegidos marroquíes (judíos y musulmanes) que eran juzgados por las legislaciones europeas correspondientes y no por la justicia marroquí. El abuso de este sistema hacía que los súbditos del sultán que tenían posibilidades de excluirse de la justicia del país se colocaran bajo esta protección, y así constituían una casta privilegiada.

La guerra tuvo algunas consecuencias positivas para España, porque realmente fue una ocasión de unidad nacional, de la que participaron todos los sectores y, a pesar de las bajas, no se oyeron voces contrarias, salvo para criticar, como lo hizo Cánovas, «la guerra grande de la paz chica». Por primera vez en muchos años, quizás desde la invasión napoleónica, los intereses nacionales no estaban divididos. La intervención de las aduanas permitió a España formar unos funcionarios marroquíes —amines— menos corruptos con los comerciantes que los anteriores. También sirvió para fijar de manera estable el cambio de moneda. Y puso a España otra vez en una posición preeminente en el escenario marroquí. Aunque quizás, como señalan Lécuyer y Serrano, la gran beneficiada fue Inglaterra, cuya economía le permitía aprovecharse de lo que España era incapaz de explotar.

La última consecuencia de la guerra fue la firma de otro tratado, el de Tánger de 26 de junio de 1862, por el que se demarcaban los límites de Melilla, adquiriendo España una considerable franja de ensanchamiento de la ciudad y estableciéndose una zona neutral, por cierto, hoy desconocida por Marruecos que la invadió poco a poco. Tratado que provocó una reacción enconada de las cabilas fronterizas contra los españoles. Las negociaciones, que presidió con gran habilidad el diplomático Merry y Colom,<sup>\*</sup> concluyeron de manera muy favorable a España.

De la campaña y sus acciones tenemos una considerable batería de fuentes que nos permiten seguir los hechos diarios del ejército expedicionario. La guerra suscitó también una enorme expectación en los

---

\* Francisco Merry y Colom fue el primer conde de Benomar. Diplomático español nacido en Sevilla en 1829. Su primer destino fue Washington. Luego fue ministro en Tánger y embajador en Berlín, cuando se celebró la Conferencia en 1884, y en Roma. Intervino activamente en la política hacia el imperio. En 1866 viajó a Fez para entrevistarse con el sultán, con el objeto de establecer aduanas en Ceuta y Melilla. Intervino también en Melilla en 1893. Murió en Roma en 1900.

países europeos, que mandaron corresponsales y enviados especiales para informar sobre ella.\* A falta de fotógrafos, acudían también innumerables dibujantes, que han dejado bellos testimonios de los acontecimientos, de los que el más célebre fue el francés Charles Yriarte, que, además de sus dibujos, dejó una excelente crónica: *Sous la tente; récits de guerre et de voyages*. Los estados mayores europeos también aprovecharon los hechos para mandar agregados militares al ejército de O'Donnell. Alguno de ellos dejó sus impresiones en libros, como el bávaro Schlagentweit: *Der Spanisch-Marrokanische Krieg in den Jarhen 1859 und 1860*, o el prusiano Von Goeben. También el gobernador británico de Gibraltar, lord Codrington, acudió a la batalla de Tetuán. Entre los cronistas españoles cabe destacar a Pedro Antonio de Alarcón, que fue publicando por entregas semanales lo que iba viendo desde su posición privilegiada y cuyos escritos se reunieron en uno de sus libros más populares: *Diario de un testigo de la guerra de África*, profuso en detalles y nombres, muy bien ilustrado y fuente básica para seguir el transcurso bélico. Otro cronista célebre, también testigo presencial de los hechos, fue Gaspar Núñez de Arce, que publicó *Recuerdos de la campaña de África* (1860). Benito Pérez Galdós dedicaría a esta guerra uno de sus episodios nacionales, *Aita Tettauén* (1905), y parte de otro, *Carlos VI en La Rápita* (1905).

### De guerra a guerra

La guerra que acabó en 1860 había supuesto un acontecimiento de enorme popularidad que se vio coronado con el éxito militar, aunque se tuvieron que rebajar las pretensiones políticas y diplomá-

\* Joly deja el nombre de muchos de ellos: Hardman del *Times* de Londres; los franceses De Chavarrier de *Constitutionnel*, e Yriarte; y el belga Boyer, de *L'indépendance belge* y *La Patrie*.

ticas. Los españoles volvieron a la patria con un enorme crédito sobre Marruecos, la ampliación del campo exterior de las plazas africanas y una vaga promesa de reconocimiento de una pesquería en la parte occidental del país. El dinero nunca se llegó a cobrar en su totalidad y la posesión no llegaría hasta más de setenta años después. Los años siguientes trajeron la pérdida de importancia de España en Marruecos por dos razones principales. Por una parte, como consecuencia de la pérdida de relevancia de nuestro país en la esfera europea, y por otra por la internacionalización que sufrió la cuestión de Marruecos. Para no perder papel en el asunto, los españoles trataron de conciliar sus intereses con los de Francia e Inglaterra a la vez, y eso resultaba difícil.

La cuestión marroquí aparece y desaparece de la primera página nacional a lo largo de los años. Como consecuencia del Tratado de Uad Ras, los españoles comenzaron paulatinamente a mejorar y fortificar el territorio reconocido en Melilla y, en menor medida, en Ceuta. En 1871 se trató de arreglar en la primera de esas ciudades el cauce del río de Oro en su desembocadura, produciendo una reacción violenta de los marroquíes, que estaban cada vez más celosos de su independencia y de la intervención española. Un año después se discutió en las Cortes la posibilidad de abandonar el Peñón de Vélez de la Gomera. Fue un proyecto de ley presentado al Senado por el ministro de la Guerra Fernández de Córdoba, marqués de Mendigorría, que alegaba que ya no había razón para su posesión y daba lugar a frecuentes ataques, con difíciles envíos de socorros. La fortaleza estaba ruinoso y era cara de mantener. El proyecto fue retirado ante la protesta airada de los senadores, que tomaron la posesión del peñón como una cuestión de dignidad nacional.

La obsesión por las cuestiones africanas se despertó en los países europeos. La colonización era ya una aspiración general y una realidad en vastos territorios africanos ocupados por las distintas potencias. Los

ejemplos de Francia en Argelia y de Portugal en el sur del continente señalaban un camino que otros países estaban dispuestos a seguir. La política colonial pretendía obtener grandes extensiones para poblar y explotar. No se quería ya poseer solamente unas bases para el comercio en puntos de la costa. Los estudios sobre el continente y las exploraciones se abrieron paso con sorprendente éxito. Algunas sociedades geográficas, monarcas o gobiernos costeaban los gastos de personajes aventureros y visionarios. En 1855 los alemanes Overweg y Barth llegaron a Sudán, Chad y Tombuctú, y Nachtigal, a partir de 1869, recorrió la parte occidental; el británico Burton llegaba en 1858 a los grandes lagos; Speke y Grant a las fuentes del Nilo; en 1874 el francés Brazza recorría el Congo; en 1877 Serpa Pinto exploró Angola y Mozambique.

Por aquel entonces algunos españoles viajaron a Marruecos en episodios particulares de aventura y curiosidad. En comparación con los exploradores extranjeros, los españoles carecían de los medios económicos de los más famosos aventureros británicos o franceses y tampoco contaban con el apoyo oficial que les procurara cobertura diplomática y dinero en las situaciones difíciles. Pero, con más voluntad que recursos, animados por un extraordinario sentido de lo novedoso, un puñado de españoles se atrevió a internarse en el continente peligroso y desconocido. Algunos eligieron Marruecos.

Uno de ellos era Joaquín Gatell y Folch, que había nacido en Tarragona en 1826, cursado Filosofía en el seminario de su ciudad y Derecho en la Universidad de Barcelona. Estudió árabe y marchó a Londres, donde era asiduo visitante del British Museum. Allí se enteró de un premio que los franceses iban a dar al primero que llegara de Argelia a Senegal pasando por Tombuctú. Quiso ser él, pero estuvo retenido tanto tiempo en Orán que otros se le adelantaron. Cumplía su sueño de viajero que había dejado reflejado en unos versos:

*Arrastrábame el anhelo  
de azarosas aventuras,  
y emprendí atrevido vuelo  
en busca de extraño suelo  
y de extrañas criaturas.  
Y dejé los patrios lares  
y mil objetos queridos  
para atravesar los mares  
y lanzarme a los azares  
de mundos desconocidos.*

Tras las derrotas marroquíes a manos españolas en 1860 y francesas en 1861, optó por ir a Tánger, tradujo al árabe una obrita francesa de artillería e hizo circular la especie de que era un instructor militar al que le gustaría trabajar para el sultán. Fue llamado por el gobernador de la ciudad, que había facilitado su libro al hermano del sultán. Finalmente, enterado Muley el Abbas, hizo que se contratara y se le diera uniforme marroquí a Gatell, que tomó el nombre y título de Caid Ismail. Se puso en camino con muchas dificultades. Una de ellas casi le cuesta la vida, al arremeter contra un vividor que se las daba de santón. Llegó a Fez como comandante de la artillería imperial, compuesta por 200 hombres, 3 oficiales y 6 viejos cañones. Gatell ironizaba en su *Diario*: «El cuerpo de artillería de Marruecos es un modelo en su género, y no es la vanidad lo que me mueve a decir que es un modelo, ya que yo formo parte de él, sino porque es la verdad. ¿Es que acaso no existen modelos para hacer reír?».<sup>8</sup>

Al ejército imperial acompañaba la banda de música que dirigía el desertor español Ferrer y que tocaba las mismas marchas que las bandas militares españolas, entre ellas *¡Guerra, guerra, al infiel marroquí!* La falta de disciplina y de armamento, y la inquina que le tomaron algunos notables de la corte magrebí le hicieron desistir pronto de conti-

muar la carrera militar, aunque intervino en combates contra cabilas insumisas como las del Garb y contra los Beni Hassan y los Rahame-na en 1862, hechos que recogería en su *Diario*. Además de este escrito sobre la campaña, Gatell dejó un texto con el título de *Manual del viajero explorador del África* y una *Descripción del Sus*. En el primero de esos textos dejó reflejados los impulsos que a él mismo, y a otros muchos, le llevaron a África:

El que por primera vez en su vida está para emprender un viaje a un país incivilizado se hace mil ilusiones con respecto a las peregrinas aventuras que, en su concepto, le esperan. Seducido por los relatos que le han hecho o entusiasmado por sus lecturas espera ansioso el momento de partir para satisfacer su sed de novedades, para ser testigo de estupendas maravillas. La curiosidad le arrastra, y en su mismo afán, preocupado en sus ideas, se representa las escenas y los objetos que va a presenciar con los colores más halagüeños. Espera ser pronto un héroe como el héroe de sus leyendas, sin tener en cuenta lo que este ha sufrido. Sabe con certeza que le aguardan penalidades y fatigas, pero no por esto se arredra, porque su impaciencia sofoca todo temor; sabe también que va a exponerse a graves peligros, lo que no deja de halagarle, porque entonces no los ve más que en su imaginación, y espera eludirlos con la mayor facilidad; grandes obstáculos se opondrán a su paso, pero todos se promete vencerlos. Antes del viaje todo es fácil y seductor; una expedición atrevida es el colmo de la fruición para hombres inexpertos. Pero el viaje se emprende, y al poco tiempo cambia de repente la escena. Satisfecha la primera curiosidad, se empieza a notar que el cuerpo se fatiga, que el espíritu se abruma y el corazón se fastidia. Allí donde se esperaba encontrar palacios encantados no se ven más que miserables chozas; en lugar de tipos seductores se le presentan repugnantes fachas; las escenas son casi todas de terror y barbarie; la civilidad consiste en groseras jerigonzas, y si a todo esto se agre-

ga un peligro real y verdadero, entonces se echa ya de menos la calma y tranquilidad que se disfruta en el suelo patrio. Sin embargo, esto no debe desanimar a los noveles viajeros: el hombre de corazón no se arredra ante los contratiempos. Lleve siempre por delante el objeto que se ha propuesto: el cumplimiento de su deber le compensa de sobra por sus penalidades, y hasta en sus mismos sufrimientos encuentra un placer, persuadido de que sus trabajos perderían de su mérito si no fuesen elaborados en medio de sus sacrificios. Cuanto mayores sean estos, más grande será su satisfacción, y al fin de su viaje un noble orgullo se despertará en su alma al ver que ha llevado a cabo una empresa meritoria trepando por todos los obstáculos.<sup>9</sup>

La experiencia de instructor no duró mucho porque, entre otras cosas, impedía a Gatell viajar por el país, que era lo que más le gustaba. Así que cuando fue obligado a cesar, se convirtió en médico y recorrió Rabat, Mazagán, Mogador, el Atlas y llegó a los llanos del Sus, anticipándose a otras expediciones españolas cuyo objetivo era la colonización del Sahara. Esta parte del sur de Marruecos era un territorio ignoto por el que no podían aventurarse los extranjeros, ya que su vida corría peligro. Era una zona fronteriza entre el desierto y el imperio, lugar último de soberanía marroquí donde la autoridad del sultán no resultaba muy visible, y límite con los territorios de nomadeo de las tribus saharahuis. Gatell describió las ciudades de Tarudant y Agadir. De vuelta a Mogador fue recogido por un barco inglés que lo dejó en Casablanca, desde donde continuó viaje a Tánger y España. Regresó en 1865, tras cuatro años en tierras africanas. Sus descripciones del país y de los combates en que participó, publicadas originariamente en inglés y francés, aportaron muchos datos para el conocimiento de Marruecos. Fue un decidido partidario de la colonización española del Sahara. Murió en Cádiz el 13 de mayo de 1879, cuando preparaba otra expedición.

Contemporáneo de Gatell fue otro aventurero similar llamado José María de Murga y Mugártegui. Había nacido en Bilbao en 1827, fue oficial de caballería, y estuvo como observador en la Guerra de Crimea, donde conoció a algunos notables marroquíes. Después de visitar Constantinopla, decidió viajar a África. Estudió previamente árabe en París y se doctoró en cirugía menor en Madrid. Por fin pasó a Marruecos en 1863 y allí se hizo pasar por renegado mientras viajaba por el país y tomaba notas de sus observaciones, con el nombre de El Hach Mohamed el Bagdadi. En Fez fue bien acogido por una numerosa colonia de renegados, es decir, cristianos que abandonaban la religión para abrazar el islam, de los que dejó un divertido relato. Había colonias similares en Marraquech, Mequinez y otras ciudades, y todos obedecían a un jefe llamado Torres, un delincuente huido de la justicia de Valencia. Los renegados vivían acogidos por el sultán, en una situación de tranquilidad y respeto. «Los renegados, que nada tienen que perder y sí todo que ganar, han prestado grandes y buenos servicios a los emperadores marroquíes... Aislados, ignorantes de la lengua, y sin relación ni apego alguno en aquel país, son una guardia pretoriana de la que el sultán puede esperarlo todo si la sabe conducir; en medio de la cual nada puede temer de las revoluciones intestinas, y de la que, a su vez, tampoco puede albergar temor alguno; pues, reducida hoy a un corto número, sería deshecha y destruida a una sola insinuación».<sup>10</sup> Esto escribía sin desconocer la precariedad de la situación de este tipo de gente que podía perder el favor del sultán cuando dejaba de necesitarlos. El sultán les pagaba un sueldo pequeño que completaban con otras dedicaciones, lícitas o no. En este mismo gremio quedó encuadrado Murga durante un tiempo.

Murga ejerció los más variados oficios, poniendo en riesgo su vida en varias ocasiones. Fue vendedor ambulante y médico, ocupaciones que le permitieron viajar por el país como era su deseo. Como miembro de la guardia renegada del sultán, tuvo fácil acceso a algunos luga-

res y entrada a ciudades a las que acompañaba a aquel. Sus estudios de Medicina le valieron para ejercer en un país de curanderos y charlatanes que trataban los males con productos inocuos y supersticiones variadas. Algunos espabilados se dedicaban a la industria farmacéutica inventando remedios de lo más pintorescos, que solo la credulidad de los ingenuos habitantes del país podía aceptar. En 1865 muere su madre y regresa a España, publicando en Bilbao en 1868 los *Recuerdos africanos del moro vizcaíno*. El libro trata varios aspectos de la vida en el país, pero sin un sistema ordenado. En él no narra su vida y viajes, que parece que dejó para una obra posterior que no llegó a concluir. Pero fue una importante fuente de información sobre vida y costumbres, cuando se carecía de otros impresos sobre Marruecos. Luego fue diputado general de Vizcaya y participó en el sitio de Bilbao en la guerra carlista. En abril de 1873 volvió a Marruecos, y regresó en agosto por las Canarias. Cuando preparaba su tercer viaje, en 1876, murió súbitamente en Cádiz. Como Gatell, Murga contribuyó al mejor conocimiento del imperio magrebí, que en aquellos años era casi impenetrable. Ambos facilitaron la labor propagandista de los africanistas españoles.

Más novelesca si cabe fue la aventura de Cristóbal Benítez atravesando Marruecos y llegando a Tombuctú, ciudad prohibida a los extranjeros. De Benítez se sabe poco, casi nada; había vivido en Tánger o Tetuán, por lo que tenía conocimientos de árabe. Más tarde sería intérprete en la aduana de Larache y en el consulado español en Mogador, quizás también canciller. Había conocido al viajero alemán Oskar Lenz y ambos decidieron atravesar el imperio, parte del Sahara, y llegar a aquella ciudad de Malí. Lenz necesitaba alguien que le hiciera de traductor, y Benítez, que había viajado algo por el interior del país desde su residencia en Tetuán, aprovechó la iniciativa del alemán para emprender la aventura. Cada uno escribiría su historia con diferente estilo pero con abundancia de detalles sobre la vida marroquí, de la que se

sabía tan poco entonces. La investigadora Lily Litvak escribía: «De las dos crónicas, la más detallada y erudita es la de Lenz. Sin embargo, la más apasionante para leer es la de Benítez, quizás por la forma de escribir, más suelta, más libre, pero sobre todo porque en esta se da más importancia a las aventuras y peripecias acontecidas durante el viaje». <sup>11</sup> Efectivamente, el relato es una incesante sucesión de aventuras en situaciones extraordinarias que Benítez va narrando con gracia, tal vez con la exageración propia de los europeos que en aquellos años visitaban el país magrebí. Siete meses tardaron en llegar a Tombuctú recorriendo ciudades y campos que dejó descritos a su manera. La fascinación por lo nuevo siempre iba unida a un fuerte sentimiento de alteridad y a la inevitable comparación entre la civilizada Europa y la bárbara África.

En marzo de 1880 abandonaron Marrakech, disfrazados de moros, con la compañía de un árabe argelino llamado hach Ali Butabeb y otros servidores del país. El viaje desde Ceuta, de donde partieron tres meses antes, hasta allí no presentó grandes contratiempos. Después continuaron por el interior del país, visitando a los bajás de las ciudades, y amparados en una carta que el sultán le dio a Lenz que lo acreditaba como médico otomano. Atravesaron los desfiladeros del Atlas, pasaron por Tarudant y la región del Sus, donde tuvieron problemas con la población, que los consideraba cristianos disfrazados. Benítez calmó los ánimos haciéndoles creer que se trataba de xerifes o descendientes del profeta que volvían de un viaje a La Meca.

Continuaron viaje por las montañas. El camino, que ya había hecho Gatell, les obligaba a pasar por Agadir. Atravesaron el Sahara, no sin grandes dificultades y peligros, comenzando por el río Dráa, que es un caudal seco la mayor parte del año pero que recoge torrencialmente las aguas del Atlas en determinadas épocas. El Dráa era la frontera del Sahara, el límite entre bereberes y nómadas del desierto. Según Benítez, «su principal ejercicio es el pillaje, pudiéndose asegurar, sin temor de equi-

vocarse, que no hay alguno que no sea ladrón, hasta el extremo que, cuando no hay caravana que robar, o va tan bien armada y escoltada que les imposibilite sus ataques, se saquean mutuamente, o se reúnen en gran número para saquear las tribus enemigas». <sup>12</sup> Con ello quería enmarcar el riesgo de su travesía por las arenas. Del Dráa pasaron a Tinduf, la ciudad que era la verdadera puerta del desierto y el mercado principal de las caravanas que se adentraban o volvían de él. La ciudad amurallada estaba rodeada de un extenso palmeral, la única vegetación en muchos kilómetros a la redonda. Cambiaron de guía y se provieron de camellos acostumbrados a las jornadas del desierto para continuar su camino hacia la curva del río Níger, atravesando los territorios de lo que hoy es el Sahara Occidental, Mauritania y Malí. La hostilidad creciente de algunos de los criados les hizo extremar la precaución, pues, en aquella región, era fácil hacer desaparecer a una persona y quedarse con los bienes que esta llevara. El hambre, la sed y la fatiga fueron los otros graves inconvenientes en la expedición improvisada de los dos europeos.

El 1 de julio llegaron a Tombuctú, que era una ciudad cosmopolita llena de mercaderes de todas las naciones árabes y negras. Estratégicamente situada, era el centro comercial de muchos pueblos. «En Timbuctou se encuentra de venta cuanto producen el África y los africanos; aunque la población nada produce, porque los pueblos del interior del Sudán y del norte y sur del continente llevan sus productos a vender o cambiar en ella, que por su posición geográfica sirve de depósito general», <sup>13</sup> escribía Benítez. Salieron de la ciudad camino de San Luis de Senegal, para evitar de nuevo el desierto, en donde embarcaron hasta Tenerife. El relato de Benítez se publicó en el *Boletín de la Real Sociedad Geográfica* a partir de junio de 1886 y apareció como libro en Tánger en 1899. En 1883 formó parte de la expedición que trató de localizar el emplazamiento exacto de Santa Cruz de Mar Pequeña. Cristóbal Benítez falleció en Mogador (Essaouira) el 7 de septiembre de 1924, siendo enterrado en el cementerio portugués de la ciudad.

En 1884 tuvo lugar el primer viaje de Julio Cervera Baviera, ingeniero militar, por el interior del imperio, aunque luego participaría en expediciones saharianas. Este hombre inquieto, nacido en Segorbe en 1824 y muerto en Madrid en 1929, trabajaría más tarde con Marconi y tuvo las primeras patentes de la telegrafía sin hilos. Algunos le atribuyen la invención de la radio. Participó también en la guerra de Cuba defendiendo Guamaní. Fruto de su primer viaje al interior del imperio, que le fue encargado por el ejército para conocer mejor la nación, fue el libro *Expedición al interior de Marruecos*, publicado por primera vez en 1885. Al llevar material fotográfico, dejó algunas muestras gráficas de la vida en las ciudades y campos marroquíes, que se publicaron en su obra. Trataba de buscar itinerarios, levantar mapas y describir el estado de la nación con vistas a futuras expediciones o para preparar el campo para la colonización.

Saliendo de Ceuta, recorrió el camino de la guerra de 1860 hasta llegar a la ciudad de Tetuán, dando noticias de la misma y las cabilas del territorio, y detallando con esmero lo relativo al ejército marroquí, quizás porque esa era la principal encomienda. Ya había en esta ciudad una pequeña colonia española:

En la plaza de España, de planta rectangular, grande, despejada, se encuentra nuestro consulado y el espacioso, cómodo e inútil convento de frailes franciscanos, ocupado por algunos reverendos señores que no hacen absolutamente nada de provecho y que se dan una vida tranquila y envidiable, es decir... que envidian los vagos de profesión. Hay también en la plaza la botica española... De la ocupación por los españoles no quedan más restos que un barrio completamente ruinoso, cuyos edificios fueron destruidos con objeto de aprovechar las maderas como combustible, por las dificultades y peligros a que se exponían los soldados si se arrostraban a buscar leña fuera de la ciudad.<sup>14</sup>

Desde allí se encaminó a Tánger, dando cuantos detalles pudo sobre el camino y el paso de Ain Yedida, donde se levantaba el célebre fondak, escenario de cien batallas españolas. Siguió el camino del sur hasta Alcazarquivir, recorrió los ríos Uarga y Sebú, y llegó a Fez, ciudad en la que aprovechó para informar sobre la estructura política y administrativa del imperio: «Visito los monumentos, recorro los bazares, examino los puentes construidos antiguamente sobre el río de Fez, inspecciono los menores detalles y acumulo datos que contribuyen a formar mi criterio sobre el valor e importancia del imperio y sus cosas». <sup>15</sup> Su itinerario recuerda los proyectos expansionistas de los más conspicuos africanistas españoles.

En Fez cambió la indumentaria europea por vestido del país y permaneció varios días siendo agasajado por algunos notables. Más tarde visitó Rabat, que consideraba la población más bonita del país, Mehedía, Larache, Arcila y Tánger, para regresar a España. Los viajes de los españoles por el imperio en el último tercio del siglo XIX se apoyaron en guías locales y la protección de jefes y personajes importantes. Cervera no se hizo pasar por musulmán salvo para deambular por las calles de Fez sin ser importunado, pero no tuvo más contratiempos que los otros, aunque, bien es verdad, no llegó en este viaje a las regiones del sur. Cervera, sobre el que volveremos al hablar del Sahara, es una de las figuras más importantes del africanismo español y un personaje inquieto, sorprendente y preclaro.

### **La conferencia de 1880**

En 1877 Cánovas decide admitir la política de statu quo en Marruecos, renunciando a la ocupación de Santa Cruz de Mar Pequeña, para que las acciones españolas se coordinasen con las de los otros países sin levantar recelos ni originar conflictos. En campo marroquí jugaban

varias potencias con intereses en la zona, principalmente España, Francia, Alemania e Inglaterra. Ninguna de ellas podía actuar sin el acuerdo de las demás sin correr el riesgo de llegar al conflicto. Los europeos no querían de ninguna manera llevar a África una guerra entre ellos. Por tanto, los intereses correspondientes debían ser conjugados por todos. Con la finalidad de ajustar las políticas de todos los países, el plenipotenciario inglés en Madrid Sackville West había acordado con el ministro español de Estado Carlos Manuel O'Donnell la celebración de una conferencia en Madrid. Las potencias interesadas respondieron positivamente y se inauguró el 19 de mayo con presencia de representantes de Alemania, Austria-Hungría, Bélgica, Estados Unidos, Inglaterra, Dinamarca, Italia, Marruecos, Portugal, Suecia-Noruega y España. La conferencia trató sobre dos puntos especialmente. Uno fue el mantenimiento del statu quo, instrumento muy utilizado por la diplomacia y consistente en dejar las cosas como se encuentran en el momento hasta llegar a un acuerdo entre los países interesados para darles la solución conveniente. Otro fue el asunto de la protección consular a súbditos marroquíes. Ya vimos que la jurisdicción consular afectaba a los extranjeros en el imperio, siempre que la tuvieran reconocida, y a los nacionales marroquíes a los que se extendía y que eran agentes comerciales de casas extranjeras. Los países extranjeros querían aumentar este privilegio y el representante marroquí Mohamed Vargas trataba de reducirlo al mínimo y dejarlo solo para asuntos penales y mercantiles. Una extensión abusiva de este privilegio iba contra la soberanía marroquí y la autoridad del sultán. Pero para los europeos era un mecanismo utilísimo en sus tratos y para socavar la estabilidad del imperio. Al final se limitó a doce por potencia y la convención quedó firmada el 3 de julio.

La situación en Marruecos seguía en una calma tensa en la que el orden interior del imperio se descomponía y las potencias europeas aguardaban el momento oportuno para intervenir, agitando en lo po-

sible la política marroquí. En 1887 el ministro de Estado Segismundo Moret viajó a París y trató el asunto de Marruecos. El año anterior había sido nombrado embajador francés en Madrid Paul Cambon, organizador del protectorado en Túnez y experto en cuestiones africanas. La política marroquí de España se estaba moviendo y, pese a las protestas de algunos, los dos partidos tenían la misma idea de intervenir en el momento propicio. La sesión de las Cortes de 31 de enero de 1881 fue clara para determinar las posturas. Había temor a que la situación se descontrolara y precipitara una intervención europea. Marruecos era, en palabras de Moret, ministro de Estado del gobierno de Sagasta, «cuestión de interés vital para España». Su contrincante Cánovas era más prudente, pero albergaba el mismo espíritu intervencionista. Ambos propugnaban respetar el statu quo, en realidad no les quedaba otra alternativa, pero Moret era más impulsivo y reforzó las guarniciones de Ceuta y Melilla. Cánovas, jefe de la oposición, sospechaba que tras esto se escondía alguna aventura intervencionista, pero Moret lo negaba.

Cambon trataba de conjurar las acciones españolas sobre África, como el acuerdo hispano-italiano de 1887 que buscaba la abstención italiana en cuestiones marroquíes. Moret maniobraba mucho, trataba de desvincularse de Francia y acercarse a Inglaterra, pero sus manejos no gustaban ni dentro ni fuera y Sagasta lo sustituyó por el marqués de la Vega de Armijo. La alianza, o al menos el acuerdo natural, tenía que ser con Francia, que era la otra potencia interesada en el país a través de sus fronteras argelinas, y los consulados y casas comerciales que hacían realidad la presencia gala en el país. España y Francia tenían claro que ellas debían ocupar Marruecos, aunque fuera mediante un protectorado. El objetivo final, que era la ocupación de Marruecos, quedaba aplazado.

En 1887 el ministro de Exteriores marroquí Mohamed Torres se retiró al tener ya una edad avanzada. Era un hombre sabio que supo

negociar con los europeos con habilidad, a pesar de ser consciente de la debilidad de su posición. Se temía en esas fechas la muerte de Muley Hassan y el gobierno español mandó concentrar tropas en Andalucía y la escuadra en la rada de Tánger. En 1890 el káiser Guillermo llega al poder y da por terminado el sistema de alianzas existente en tiempos de Bismarck. Alemania e Inglaterra se enfrentan por su supremacía en un nuevo escenario. Alemania reivindicaba su papel en el mundo, su voluntad de influir y de tener una porción en el reparto de África frente a las posturas casi exclusivistas de Francia e Inglaterra. Francia había ocupado Túnez en 1881 con la excusa de que servía de base a los insurgentes argelinos y por la situación financiera de bancarrota que amenazaba el préstamo francés, argumentos que se podrían utilizar también para una operación similar en Marruecos. La otra política francesa para la colonización pasaba por ahogar financieramente a los países norteafricanos hasta que no pudieran pagar sus deudas y tuvieran que admitir un protectorado.

Marruecos está siempre presente en las ambiciones exteriores de las potencias europeas. Es una etapa histórica de grandes alianzas internacionales. En 1882 se forma la Triple Alianza con Alemania, el imperio austrohúngaro y finalmente Italia. Frente a ellos, Francia e Inglaterra trataban de llegar a acuerdos a los que podría sumarse Rusia. España quedaba aislada, y esto preocupaba a los políticos hispanos, porque sabían que la cuestión de África se iba a resolver en el tablero internacional. Los gabinetes españoles trataron de no quedarse fuera del sistema de alianzas. Moret intentó una aproximación a la Triple Alianza mediante un acuerdo con Italia, resentida por su exclusión en Túnez. Se buscaba el apoyo de la *Triplice* para excluir a Francia de Marruecos, lo que era una pretensión desmesurada. Pero se llegó a firmar un acuerdo entre Italia y España en 1887 que molestó a Francia. Moret había ganado algún apoyo internacional a la política española respecto a Marruecos. Pero estos acuerdos servirían de poco.

En esa década aparecen en España las primeras manifestaciones de un africanismo activo propagador de las ideas de intervención en África. El inicio del africanismo organizado lo podemos situar en la Sociedad Geográfica Madrileña, que se había fundado en 1876. La labor de influir en el ánimo general y en los responsables políticos tuvo hitos como el Congreso Español de Geografía Comercial y Mercantil celebrado en 1883, organizado por aquella. Su intención era incitar a los políticos para abordar de manera decidida la cuestión africana. Se abrieron las sesiones recordando el ideario de la Sociedad:

No sería prudente ni patriótico aguardar a que los gobiernos se muevan a satisfacer esta necesidad, pues siendo ellos expresión sintética y unitaria de la opinión social, solo cuando la opinión se pronuncie decidida y unánime, y se arroje a la acción por medio de órganos espontáneos, y demuestre por hechos que tiene conciencia clara de lo que quiere, y voluntad firme para quererlo y poder material para realizarlo, sin que los frutos que logre de su acción sean exóticos o prematuros, ni por tanto, abortivos, se verán arrastrados a dibujar en sus programas nuevos derroteros para la política colonial de España.<sup>16</sup>

Había que actuar sobre el gobierno desde la opinión pública y por medio de las elites ilustradas y conocedoras de las políticas nuevas seguidas en Europa.

El 30 de marzo de 1884 se celebró en el teatro Alhambra de Madrid el mitin de la Sociedad Española de Africanistas y Colonistas que sirvió para dar a conocer este grupo y para exponer sus ideas fundacionales. Intervinieron Francisco Coello, Joaquín Costa, Gabriel Rodríguez, Gumersindo de Azcárate, Eduardo Saavedra y José de Carvajal. La reunión, claramente propagandística a favor de la intervención en África, aunque por el momento se garantizara el respeto a la integridad de Marruecos, acabó con la lectura de un manifiesto de veintidós puntos

que se envió a las Cortes, en los que se resumían las viejas aspiraciones españolas en Marruecos, Guinea y el Sahara y se exigían reformas y medidas administrativas, económicas y legislativas al gobierno. La postura se resumía en prevención frente a las acciones de otras potencias y preparación para actuar en su momento. Coello lo resumía así:

¡Qué sería de España, señores, el día en que otra nación poderosa ocupase las costas y territorios que tenemos tan próximos!... Es esta, sin duda, una cuestión de honra nacional para España; y la creo tan alta, tan interesante, que a mis ojos la ocupación, por una potencia extraña, de un punto en las costas de Marruecos, sería para nosotros una mancha tan grande como si se tratara de cualquier pedazo de nuestro propio territorio.<sup>17</sup>

Aunque todavía no se vislumbrara la colonización propiamente dicha, sino un sistema de colaboración comercial y política que Joaquín Costa resumía con ingenuidad y exceso de buenas intenciones, entre grandes aplausos del público:

Los marroquíes han sido nuestros maestros, y les debemos respeto; han sido nuestros hermanos, y les debemos amor; han sido nuestras víctimas, y les debemos reparación cumplida. Nuestra política con Marruecos debe ser, por tanto, política reparadora, política de intimidad y política de restauración. Si tal política pudiera ser contraria a nuestros intereses del momento, todavía, a pesar de eso, se la recomendaría yo a mi patria, considerando que solo son dignos de la vida los pueblos que saben sacrificar su provecho temporal a un impulso del corazón y que ponen por encima de todo la santa religión del deber.<sup>18</sup>

Hubo otras iniciativas, como la creación en el año 1886 de la Cámara Española de Comercio en Tánger. El arabista Antonio Almagro

Cárdenas, que había fundado en Granada el periódico *La Estrella de Occidente*, fue el impulsor del I Congreso Español Africanista, celebrado en esa ciudad en 1892, que tuvo un carácter marcadamente cultural y científico, pero que no excluyó de sus sesiones algunas cuestiones sobre política marroquí. La importancia del asunto provoca la aparición de nuevas obras sobre Marruecos, algunas de especial importancia, como *El imperio de Marruecos y su constitución* (1882), de Emilio Bonelli, oficial de infantería que tendría un papel destacado en la ocupación del Sahara. Ese mismo año tuvo lugar la embajada de Wenceslao Ramírez de Villa-Urrutia a Marrakech, con la misión de tratar con el sultán la entrega del territorio de Santa Cruz de Mar Pequeña, reconocida en el Tratado de Uad Ras. Llevaba como intérprete al aventurero Cristóbal Benítez. Habría que esperar hasta el siglo XX para ver nacer otras iniciativas similares, como los cuatro congresos africanistas que se celebraron entre 1907 y 1910, y la actuación de la Liga Africanista y de los centros comerciales hispano-marroquíes en la segunda década del pasado siglo.

### La guerra de 1893

El statu quo sobre la política del imperio creaba una situación de tensión entre las potencias interesadas en la intervención. Ninguna renunciaba a sus pretensiones, pero ninguna podía actuar sin el consentimiento de las otras y eso generaba una continua situación de sospecha de lo que unas podrían estar haciendo a espaldas de las otras para fortalecer sus posiciones o para consolidar políticas de hechos consumados. Francia aprovechaba sus fronteras de Argelia para perpetrar acciones contra la integridad territorial marroquí. España tenía un arma que pronto utilizaría. Sus posiciones de Ceuta y Melilla eran la mejor cabeza de puente para una penetración y estaba aún sin ejecutar el

acuerdo de extensión de límites de Melilla. Las relaciones con Marruecos oscilaban en actos piratas contra barcos españoles y reclamaciones apoyadas por los barcos de la armada que acudían a los puertos marroquíes como amenaza. El imperio vivía ya en decadencia y falta de autoridad. Frente a esta situación los caudillos tribales y toda suerte de personajes más o menos pintorescos imponían la fuerza donde faltaba el orden y el respeto a la ley.

Como consecuencia de la guerra de 1860, los españoles obtuvieron la ampliación del campo exterior de la vieja ciudad amurallada de Melilla. En 1862 se delimitó la nueva extensión, tirando desde la ciudad vieja con una bala de cañón del 24 con la espoleta a cero. La distancia conseguida fue un radio de unos 2.900 metros. Se señaló con unos mojones una línea poligonal que enmarcaba los 12,3 kilómetros cuadrados de área de territorio español, y se concedió un enclave donde estaba la mezquita en la que reposaban los restos de Sidi Guariach. A partir de esa línea existiría una zona neutral de 500 metros de anchura. Y no se hizo nada más hasta la década de los ochenta, en que comenzó a fortificarse la zona española con la construcción de fuertes que protegían esta y la frontera. Eran construcciones pequeñas, poco más que torres circulares con un patio central y con muros débiles pensados para el tiro de fusil y una artillería rudimentaria. Cada uno albergaría una reducida guarnición. Pero eran el símbolo de soberanía y una demostración de fuerza. En 1881 se hizo el de San Lorenzo y en 1885 se acabaron los de Camellos y Cabrerizas Bajas. El más grande de todos, el de Rostrogordo, se acabó en 1890, y el de Cabrerizas Altas en 1893. Estos dos últimos podían albergar a 150 hombres cada uno, pero necesitaban de la plaza para el suministro de intendencia y agua. Completaban el perímetro los fortines de María Cristina y San Francisco, para 50 hombres cada cual.

Al amparo de las fortificaciones nacieron los barrios exteriores de la ciudad, que crecía cada año. Solo faltaba terminar el fuerte de Sidi

Guariach para completar la defensa del perímetro. Se había iniciado en 1890, pero presentó dificultades por entrar en conflicto con la cabila del mismo nombre, ya que entendían que estaba ocupando parte del terreno de la mezquita y santuario. Las obras se abandonaron y en 1893 se decidió continuar. Los trabajos que los presidiarios adelantaban de día, los cabileños los deshacían de noche. Al comenzar octubre, el general Margallo —comandante de la plaza— decidió que una sección pernoctase en las obras y que se levantara un fortín provisional como parapeto.

El día 2 de octubre los moros atacan a las fuerzas españolas destacadas en el lugar. El ataque es persistente y, por lo imprevisto, no es respondido adecuadamente por refuerzos españoles. Cerca de 200 españoles quedan cercados en el fortín provisional y las obras de construcción, sin posibilidad de repeler el ataque ni de salir de allí.

Margallo quiso ponerse al frente de la operación de socorro y acudió al fuerte más próximo, que era el de Camellos, y desde allí trató de organizar la operación, pidiendo refuerzos a la plaza que fueron llegando con cuentagotas y desorganización. Entre los primeros en acudir estuvo una batería de artillería con dos piezas. Tras varias horas se consiguió formar una columna de unos 450 hombres, improvisada y diversa, con la que se inició el contraataque. En esta primera acción reventó uno de los cañones. Se intentó llegar a los sitiados desplegándose en guerrilla o formando una columna, pero los esfuerzos fueron vanos.

Por la tarde Margallo comprendió que la fuerza de rescate no iba a poder alcanzar el fortín para liberar a los sitiados. Sin embargo, había logrado abrir un pasillo entre este y Camellos, donde los moros no deambulaban y por donde se pidió a los sitiados que se replegaran. Las guerrillas llegaron a cerca de 300 metros del fortín, pero el enemigo, se calcula que unos cinco mil, no les dejó acercarse más. La operación se llevó a término y los replegados llegaron a Camellos y se retiraron a la

plaza. Los españoles tuvieron 19 muertos y 51 heridos y contusos. El fortín y las obras fueron destruidos. Margallo había subestimado la reacción cabileña frente a la construcción del fuerte. Contaba, además, con pocas fuerzas de reserva en Melilla, ya que tenía a la guarnición desperdigada en los fuertes exteriores. Esta primera agresión debía ser respondida con una ofensiva en toda regla que tenía que efectuar un ejército expedicionario llegado de la península.

La agresión había pasado a la prensa y el Parlamento español. El ministro de la Guerra, general López Domínguez, se veía contrariado y prudente sobre un avance en Marruecos. En Melilla no había lugares para albergar un ejército grande, se carecía de puerto suficiente, de servicios sanitarios, de alojamientos y de armamento. Se calculaba que el enemigo estaría compuesto por unos cincuenta mil hombres, de los que al menos la mitad estaban armados. La respuesta a la agresión era difícil y se fue retrasando mientras los cabileños se iban organizando y su número aumentaba por días. La indecisión, el retraso, la falta de operatividad agravaban la situación de la plaza española y daban fuerzas a los enemigos. Las hogueras llamando a refuerzos se encendían cada noche en las cumbres del Gurugú, y a esta llamada acudían hombres armados de todas las cabilas próximas. El día 7, los cabileños atacaron con fuego de fusilería al cañonero *Cuervo*, que reconocía la zona y que respondió con disparos de cañón. Poco a poco llegaron refuerzos, mientras en el Estrecho se apresaba contrabando de armas para los moros.

Entre el 15 y el 18 una comisión técnica del Ministerio de la Guerra evaluó la situación, pero se retrasaba la acción española. El ministro prohibió a Margallo que iniciara cualquier hostilidad y los marroquíes construían trincheras impunemente en la zona neutral. El 21 se ordenó a las autoridades marroquíes la destrucción de las mismas, pero el bajá, que era la autoridad del sultán en la zona, no respondió. El *Conde de Venadito*, crucero comandado por Díaz Moreau, que llegó a la zona, abrió fuego contra las trincheras del sur de la ciudad. Fue la

primera reacción española, pero este hecho molestó sobremanera al ministro López Domínguez, que empezaba a perder la confianza en Margallo, mientras este, a su vez, perdía la paciencia tras veinte días de inactividad. Los presupuestos del ejército habían disminuido en la organización del departamento que hizo López Domínguez, la escasez de medios se notaba, y a Melilla solo acudieron de refuerzo unos 350 hombres de dos batallones al mando del general Ortega de los regimientos de Borbón y Extremadura, el batallón de Cazadores de Cuba, tres compañías de zapadores, cuatro de artillería y dos baterías más de artillería de montaña.

El 27 se comenzaron a atrincherar los alrededores del fuerte sitiado, pero los españoles fueron nuevamente atacados. Fue la primera ocasión en que la infantería española usó los nuevos fusiles máuser. Los zapadores y las fuerzas de protección se retiraron hacia Cabrerizas Altas, pero al llegar se encontraron que las fuerzas del general Ortega habían llegado antes y tuvieron que abigarrarse más de 700 hombres en un espacio pensado para 150. Cercados los dos generales en el fuerte, Melilla quedaba al mando del coronel Casellas, del regimiento de África, que organizó una columna de rescate. Al día siguiente se puso en marcha la columna. La empresa no era fácil, porque el enemigo era muy superior y estaba perfectamente atrincherado en los barrancos. Para lograr llegar al fuerte fue preciso desplegar a los hombres del Batallón Disciplinario en guerrilla para contener a la harca marroquí. Aquellos hombres castigados se portaron como héroes para despejar el camino hasta Cabrerizas Altas, donde, mientras esto ocurría, se vivían escenas angustiosas por el hacinamiento y el continuo paqueo de los moros.\* Margallo, desesperado, envió al teniente Juan Picasso que acce-

---

\* El paqueo era el fuego de fusil o espingarda del moro. Eran armas viejas y sonaban de manera que onomatopéyicamente se transcribía como pa-co, de donde deriva esta expresión que sirvió para denominar pacos a los tiradores rifeños.

dió a Rostrogordo para contactar telefónicamente con la plaza. El teniente, que con el tiempo y como general instruiría el famoso expediente, llegó al fuerte, pero no pudo comunicar porque las líneas estaban cortadas. Volvió a Cabrerizas a pesar de la situación de cerco. Con esto ganó la Laureada de San Fernando. Después Margallo, sorprendido y atribulado, quiso despejar la entrada del fuerte ordenando a varias compañías que salieran y tomaran posiciones, siendo siempre rechazadas por el fuego enemigo. Insistió en colocar dos piezas de artillería en la explanada exterior para proteger a los infantes. El mismo general salió para supervisar la operación y recibió un tiro en la cara que le causó la muerte.

Aunque fue considerado un héroe de la campaña, la actitud del general Margallo fue censurable durante los acontecimientos. Primero no dio importancia a los incidentes del comienzo, después no supo contrarrestar el ataque cabileño. Decidió acudir a primera línea, quedando sitiado en Cabrerizas Altas, cuando su papel como comandante de la plaza le obligaba a permanecer en esta dirigiendo las operaciones. Por último, cometió la imprudencia de salir del fuerte para vigilar la instalación de dos cañones, muriendo de manera imprudente.\* Pocas horas después, al mando de un convoy que llegaba, cayó mortalmente herido el comandante José Valero Berenguer, explorador de la Guinea Española sobre el que volveremos. La muerte de este ilustre africanista quizás se debiera a otra imprudencia. Llanos Alcaraz lo relata así:

---

\* La versión oficial destaca el heroísmo de Margallo, que acudió a socorrer un cañón en peligro. Sin embargo, parece que la muerte le llegó por la bala de un francotirador que lo vio desprotegido al abandonar el abrigo de una garita desde donde dirigía la operación. Ciges Aparicio, periodista que publicó algunos libros y muchos artículos sobre Marruecos, apunta maliciosamente que el tiro salió de las filas españolas, en venganza por el contrabando de armas que hacía el general y que había armado al enemigo. Pero Ciges no aporta ningún indicio de prueba donde apoyarse. Su insinuación pudo ser una de las causas de su fusilamiento en Ávila al comenzar la Guerra Civil, cuando era gobernador de la provincia.

El jefe administrativo del convoy, D. José Valero Berenguer, eminente africanista, oficial distinguido en la campaña de Cuba, hombre de vasta ilustración y de preclara inteligencia, está en la puerta de Cabrerizas, fuera de su lugar, excediéndose en el cumplimiento de su deber. Cuando subía por la carretera marchaba a cuerpo descubierto delante de los carros: el capitán primer teniente del Disciplinario, D. Arturo Campos Hidalgo, al pasar junto a Valero le dijo:

—Se expone usted sin necesidad: arrecia mucho el fuego: ¿por qué no se va usted a la derecha de un carro, cubriéndose en lo posible?

Y Valero contestó sonriéndose:

—A mí ya me conocen las balas: no me hacen daño.

En la puerta de Cabrerizas Altas, Valero sigue con interés el curso del combate, y dice refiriéndose a los enemigos:

—¡Cómo tiran! ¡Cómo tiran!

Una bala rifeña le penetra por la base del pulmón izquierdo y le sale por el hipocondrio derecho, causándole gravísima herida que, tres días después, le produjo la muerte.<sup>19</sup>

El enemigo se acercaba al fuerte, y se corría el riesgo de que los cañones cayeran en su poder. El primer teniente del regimiento de Extremadura, Miguel Primo de Rivera, salió con unos soldados, que llegaron al cuerpo a cuerpo con los moros, pero pudieron rescatar las dos piezas. Con el tiempo, el teniente llegaría a ser dictador. Poco después las guerrillas del Disciplinario llegaron al fuerte; el cerco estaba roto. Aprovechando la sorpresa, se organizó un convoy en el que el general Ortega y su estado mayor salieron hacia la plaza con el cadáver de Margallo. Pero no dio tiempo a evacuar a los heridos; los moros volvieron a acercarse. Los datos hablan de la dureza del combate de ese día: 32 muertos españoles y casi 200 entre heridos y contusos. Cabrerizas Altas seguía sitiado y, aunque la columna de refuerzo había

conseguido introducir alimentos y medicinas, la escasez de agua era un grave problema.

El día 29 llegó a Melilla el general Macías para sustituir como comandante general al fallecido Margallo. Y con él los batallones de Segorbe, Tarifa, Cataluña y el resto del regimiento de Cuba. Además de los cruceros *Alfonso XII*, *Cuba* y *Luzón*. Lo primero que hizo Macías fue organizar un convoy para el día siguiente con el objeto de relevar a las fatigadas tropas de Cabrerizas Altas y Rostrogordo y llevar suministros. La operación se desarrolló con éxito, a pesar de sufrir 3 muertes y 9 heridos. Los cañones de la plaza y de los cruceros bombardeaban sin parar el campo enemigo y los cabileños iban notando ya el cansancio y la falta de munición. El día 3 de noviembre Macías preparó otra operación igual y otra vez se consiguió llegar a los fuertes sin mayor novedad. Las guerrillas del Disciplinario fueron, como siempre, la abnegada y eficaz vanguardia. Los bombardeos de la plaza y escuadra diezmaron al enemigo que, aunque insistía en el paqueo, ya no atacaba en campo abierto.

La campaña estaba casi acabada, pero aún tuvo tiempo de actuar la «guerrilla de la muerte» del capitán Ariza. Se trataba de un grupo de presidiarios voluntarios que, a cambio de redención o reducción de condenas, efectuó casi un centenar de acciones arriesgadas contra el enemigo, con el sorprendente balance de solo un muerto.\* En diciembre había llegado un ejército expedicionario al mando del general Martínez Campos para dar fin a las últimas acciones de la guerra y asegurar la plaza y el campo español. La campaña había concluido con 58 muertos, 151 heridos y 53 contusos españoles. Una vez acabada la

---

\* La guerrilla se disolvió por un incidente vergonzoso. Uno de los penados cortó las orejas a un mensajero moro que llegaba a negociar. El penado fue fusilado. Pero es una muestra de la bárbara costumbre de algunas tropas españolas de mutilar al enemigo marroquí.

campaña llegó retrasado al puerto de Melilla el crucero *Reina Mercedes* con 10.000 fusiles máuser y 8 millones de cartuchos adquiridos en Alemania. El 8 de diciembre se celebró una misa de campaña en el cerro de Sidi Guariach. El ejército concluyó la operación defendiendo el territorio nacional, pero renunció a cualquier acción de respuesta sobre territorio marroquí. Esto defraudó a no pocos españoles, pero fue la más diplomática de las soluciones.

### **Martínez Campos en Marrakech**

Tras la guerra llegaron las conversaciones de paz. El sultán envió a su hermano Muley Arafá y por parte española llegó a Melilla como jefe del Ejército Expedicionario y plenipotenciario en las negociaciones el general Arsenio Martínez Campos. Había ya en Melilla 23.000 hombres españoles dispuestos a avanzar sobre el campo marroquí, aunque no era más que una demostración de fuerza, ya que el gobierno no quería realizar actos que supusieran la ruptura del statu quo. Las obras en Sidi Guariach se reanudaron para concluir el fuerte que se llamaría de la Purísima Concepción. Martínez Campos llevaba el nombramiento de embajador extraordinario ante el sultán y se dispuso a cumplir su comisión encaminándose a Marrakech. Sus pretensiones eran claras: exigiría al sultán el castigo a los rebeldes, la entrega de 12.000 fusiles y el respeto a la zona neutral. El general español sabía que no podía apretar mucho al sultán, porque no había muchos recursos en Marruecos para hacer frente a los gastos públicos ordinarios; ni quería romper el estado de cosas paralizado que las potencias impusieron; ni podía enemistarse con otros países europeos por forzar una situación muy gravosa para el sultán. Este era un hombre agobiado por la situación. El periodista de *La Época* Rodrigo Soriano, que acompañaba al general Martínez Campos, lo describía así: «Se

levantaba muy temprano, trabaja bastantes horas, come muy sobriamente y descansa... Es un hombre taciturno, que comprende su situación lamentable». <sup>20</sup>

Pero las negociaciones no terminaron con la ventaja que se suponía. El tratado se firmó el 5 de marzo de 1894 en Marrakech. La hacienda marroquí no podía hacer frente a un pago muy elevado, ya que estaba casi quebrada y sometida a la intervención de las aduanas, como ya vimos, para el pago de deudas anteriores. Al final se fijó una suma de 20 millones de pesetas y se aplazó el desarme y el castigo a los rebeldes. El gobierno de Sagasta aceptó unas pobres condiciones, en parte forzado por Gran Bretaña, y pocas ventajas para España. Boada, periodista de *La Vanguardia* de Barcelona que acudió a Marruecos, escribía: «No se habrá sacado con esto, sin duda, todo el partido que, bien dirigida en su principio, podía obtenerse de la cuestión de Melilla. Pero no cabe negar tampoco que, puesto el asunto en el estado a que llegó por errores que no es el caso recordar, no podía esperarse gran cosa más». <sup>21</sup> Se aseguró del nombramiento de un nuevo bajá que controlara a las cabilas vecinas a Melilla, pero eso era poca cosa, porque las autoridades del sultán eran desobedecidas por las tribus cuando les apetecía, ya que este carecía de la fuerza necesaria para imponer la conducta pacífica. Y, aunque el gobierno intentó que la paz apareciera como un gran logro, la prensa se encargó de demostrar lo contrario.

A la campaña de Melilla habían acudido corresponsales de los principales periódicos españoles, que enviaban sus crónicas diarias a través del cable submarino. La cantidad de periodistas daba a esta campaña un aire muy moderno y los españoles sabían lo que ocurría en el campo rifeño y los alrededores de Melilla. Quizás fuera la primera vez que hubo un desplazamiento grande de enviados a una campaña española. Algunos de los corresponsales estuvieron cercados en el fuerte con el general Margallo o con Martínez Campos en su embajada, y

muchos de ellos recogieron sus crónicas en libros, por lo que el conocimiento directo de los hechos es muy completo una vez que se contrastan los datos de unos y otros.\* Las guerras eran acontecimientos populares que, además de la tragedia que entrañaban, despertaban la curiosidad en la población y reanimaban las rivalidades nacionales y los sentimientos patrióticos. Como era habitual, y a pesar de usarse ya la cámara fotográfica, a los redactores acompañaban excelentes dibujantes que recogieron los hechos en las ilustraciones que publicaban diarios y revistas. Como consecuencia de esta guerra, llegó a Melilla la Guardia Civil para actuar de policía interior.

---

\* José Boada y Romeo, enviado de *La Vanguardia* de Barcelona, publicó *Allende el estrecho* (Barcelona, 1895); Francisco Hernández Mir, de *El Porvenir* de Sevilla, *Farrucos y gallinas* (Sevilla, 1894); el capitán Martín, de *La Justicia*, *Los sucesos de Melilla* (Madrid); Necedal, de *El Siglo Futuro*, *La campaña de Melilla* (Madrid, 1894); Luis Morote, de *El Liberal*, *Sagasta, Melilla, Cuba* (París, 1908); Rodrigo Soriano, también de *El Liberal*, *Moros y cristianos* (Madrid, 1895). Otros periodistas no publicaron libro, pero dejaron la prensa plagada de crónicas. La obra más completa sobre la campaña se debe a Adolfo Llanos Alcaraz: *Melilla* (Madrid, 1894). Otra voluminosa exposición es la de Álvaro Carrillo: *¡Al África, españoles!* (Barcelona, 1894?). Recientemente ha aparecido la de Agustín Ramón Rodríguez González, *La guerra de Melilla de 1893* (Madrid, 2008).